

La Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1907

Núm. 1.313

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA



LOS HIJOS DE CARLOS I DE INGLATERRA,

cuadro de Antonio Van Dyck que se conserva en la Galería Real de Turín



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El tormento de los celos*, por Noguera Oller. — *Notas de Carnaval. Madrid y Niza.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *Cuestión de Marruecos.* — *Josué Carducci.* — *El capitán Roald Arnundsen.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Los túneles subfluviales de Nueva York.* — *El célebre ayunador Sacco.* — *La Rhodesia en la Edad Media.*

Grabados.— *Los hijos de Carlos I de Inglaterra*, cuadro de Antonio Van Dyck. — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *El tormento de los celos.* — *Tipo indio del Chaco.* — *Reñidero de gallos en la capital de Salta (República Argentina)*, cuadros de Pedro Blanqué. — *Carrozas premiadas en el Carnaval de Madrid.* — *Niza. S. M. Carnaval XXXV.* — *Desfile del cortejo carnavalesco por la plaza de Massena.* — *En mala compañía*, cuadro de Claus Meyer. — *Ensueño*, cuadro de Heilbuth. — *Jefes de cabilas, soldados de la mehalla del sultán, cabileños convocados por el Raisuli y caravana que sale de Tánger con provisiones para el ejército del sultán de Marruecos.* — *Lectura de la carta del sultán dando las gracias á sus tropas por la victoria contra el Raisuli*, dibujo de F. de Haenen. — *Conducción de rebeldes prisioneros á Fez.* — *Josué Carducci.* — *El capitán Roald Arnundsen.* — *Nueva York. Los nuevos túneles subfluviales.* — *Londres. El célebre ayunador Sacco.* — *Sofía (Bulgaria). Teatro nacional búlgaro*, obra de los arquitectos Sres. Hellmer y Fellner.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Una nevada!

Empieza suavemente, á las once de la mañana, y produce el efecto de un *poudré*; dijérase que gigantesca borla sacudida por los gnomos empolva todo lo que la vista abarca. Desaparece la negrura, el agrio colorido del caserío matritense: lo uniforme de la blancura comunica especial majestad á las perspectivas de calles, tejados, plazas, jardines y arboledas. La gente se precipita á contemplar el espectáculo desde determinados sitios: el Viaducto, por ejemplo, es un balcón abierto sobre un panorama espléndido, una lejanía de montañas y sierras fantásticamente hermosa. En el Retiro, la dignidad glacial de los parques regios del Norte substituye á la burguesa amenidad de los paseos y esparcimientos de niñeras y chiquillos. Se espera la aparición rauda de un trineo, en que bajo pieles magníficas se reclina un emperador... boreal. No cabe duda: en los primeros momentos, la nevada engrandece la noción de la vida.

* *

Transcurren unas horas y comenzamos á mirar la nevada por su aspecto práctico, positivo; por lo que afecta á las necesidades é imposiciones de la existencia cotidiana. Es preciso salir, ir aquí, acullá, abandonar el rincón al lado de la chimenea, el tibio ambiente de la cerrada habitación, la mesita donde se juega al *bridge* y se bebe ponche caliente, la casa confortable, la ventana por entre cuyas cortinas miramos el pausado, dulce, leve caer de los copos. Hay que resolverse á arrostrar la intemperie, el peligro de las caídas; si á pie, el riesgo de romperse una pierna ó un brazo; si en coche, el de perder un tronco. Y entonces, lo bonito y poético de la nevada empieza á parecerse feo y triste. Quizás minutos antes sonreáis viendo al través de los cristales los resbalones de los transeuntes; quizás tomabais á diversión el que una vieja se cayese de plano, sin hacerse mal, y el cesto que llevaba al brazo, y que encerraba una botella de *morapio*, soltase el contenido de la botella, en roja sámana, sobre la candidez de la nieve ya de una cuarta de altura... La vieja, llorosa, colérica, renegando, ha recogido su canasta y ha mirado con profunda pena los cascotes de la botella rota. Ese vino era acaso el goce, el confort del hijo, del yerno, del nieto artesano; ó tal vez fuese la centella de calor que discurriría por las venas de la anciana, en días tan helados, en que se cuaja la sangre de los pobres.— Lo habéis echado á broma, como otros percarces cómicos de la nevada... Ahora que os veis obligados á salir, es cuando notáis que la nieve, también la nieve, castiga á la humanidad.

* *

Las alegrías de la nieve; las estatuas efímeras que dan por un momento, á los más profanos, la ilusión capciosa de la creación artística; el helado hech con

los materiales que se recogen en el balcón; el efecto polar, de cinematógrafo..., son las apariencias. Las realidades son el trabajo suspendido, el hogar apagado, el temblor de las carnes azotadas por el frío riguroso, la insuficiencia de la ropa, la carestía del carbón y la leña, la interrupción de las indispensables comunicaciones, el humilde calzado, los pobres harapos destruidos por el encharcamiento del piso, y como contingencia doblemente cruel, el resbalón en los registros de metal del empedrado, la conducción á la Casa de Socorro, la fractura del hueso, la curación interminable, el gasto que echa á pique á una familia modesta... A este precio vemos descender suavemente los polvos de arroz que hacen á Madrid un tocado de baile de cabezas, el *poudré* digno de un minuto de Versalles, Trianón y los *betits appartements*.

* *

Estas temperaturas obligan á hacer calceta para los desabrígados. Las manos que manejan el gancho de marfil ó concha, enmallando la tosca lana para fabricar capillitos, gorras, abrigos, fajas y zapatos destinados á las criaturas á quienes el frío amorata y engurrumina, son las manos delicadas, preciosas, de las señoritas aristocráticas, que se reúnen en talleres bajo la advocación de algún santo ó santa, de alguna Virgen, emblema de la compasión, y piensan en «vestir al desnudo.» Son gentiles obras de caridad, que seguramente no bastan para remediar tanta desdicha como se ve por el mundo, pero la atenúan y mitigan.

Querer remediarlo todo... sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades, á que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino.

Todos los años se presenta, en las ciudades populosas, el caso atroz de la muerte por inanición; el hombre que aparece tieso, agarrotado, escuálido, demacrado, sin otra enfermedad que la falta de un bocado de pan, un vaso de vino y unas ascuas... Y nos conmovemos, y lo deploramos, y se escriben sueltos y artículos, y se abren asilos para la noche, y se piensa en ranchos hirvientes y en mantas y colchonetas, y á los ocho ó diez días se olvida el suceso, una gacetilla más, entre las varias que solicitan la curiosidad ó el interés de un minuto. No es endurecimiento de entrañas; no es maldad social. La gente no es tan indiferente como se dice: la gente desea hacer bien, ó por lo menos algún bien. Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre.

* *

Cada cual (con deshonrosas excepciones) socorre á cierto número de desgraciados. En la medida de sus fuerzas, raro será el que no ejercite esta virtud. Si hay tacaños, hay también quien da á manos llenas. Y casi todos dan trabajo; lo fomentan con su lujo, con sus necesidades de bienestar. Es decir, que el trabajo se cotiza, y al cotizarse el trabajo, la crisis del hambre en parte se conjura. Involuntariamente, en esta forma, los ricos dan á los pobres. Exceptuado el caso de las enormes fortunas, que son contadas, los que tienen «buen pasar» necesitan calcular mucho para no excederse de su presupuesto, el cual, íntegro, á cambio de goces proporcionados ó necesidades satisfechas, va á parar á otras manos pecaadoras.

A parar, tampoco es exacto: esos, á su vez, lo sueltan, lo chorrean por canales y conductos invisibles, pero todo acaba por filtrarse en esa masa inmensa de los trabajadores de cada oficio y cada menester, de los productores. Y así se compensa—en lo posible—el desequilibrio de las fortunas en el pícaro mundo.

Queda un margen bastante amplio de gente absolutamente desheredada ó absolutamente inhabilitada para la lucha... Y en esa se reclutan las víctimas de las nevadas y los hielos. Porque observadlo: en verano no mueren de hambre ni los pájaros ni los hombres. El calor mantiene.

* *

Un singular privilegio de la riqueza es el que los actos de los millonarios (de los multimillonarios, mejor dicho) tengan resonancia, aun siendo de los más vulgares. ¿Qué nos contarán á nosotros, los nacidos

en esta península, de venganzas y muertes por celos? ¿No estaremos bien hartos de leer uno y otro día, en los periódicos, espeluznantes relaciones de tal género, ajustadas á cualquiera de los tres tipos preferidos: el amante que mata á la amada, el amante que mata al rival, el amante que mata á la amada ó al rival y se suicida sin pérdida de tiempo? Y siendo así, ¿qué nos puede decir de nuevo el multimillonario Thaw despachando el billete para el otro mundo á su ex rival White? Es un brote más de esa negra flor de los celos, que envenena y corrompe ella sola, con sus emanaciones, el vasto y delicioso jardín de amor. Son los celos del pasado los más incurables, porque sólo Dios, con su poder, que concebimos infinito, obtendría que lo que ha sucedido no haya sucedido; y no sabemos que tal milagro lo realizase nunca Dios.

Pero si la venganza y el desquite de Thaw se los toma un gachó de los de marca en las Ventas ó en los Cuatro Caminos; si el matador es un albañil y la víctima un carpintero de armar..., dos renglones dedicarían, á lo sumo, los periódicos al *sensacional* caso.

Se le llama *sensacional* porque á los que en él figuran les rodeaba esa aureola del lujo y la felicidad material que proporciona una excesiva riqueza, la cual parece excluir toda preocupación que no sea la de la salud, lo único que no siempre puede comprarse..., y digo *no siempre*, porque á veces también se compra.—El muerto rodeaba sus caprichos y antojos de libertino de una decoración fantástica de espejos, mobiliario fastuoso y refinamientos orientales; el matador podía apalea los millones que en sus manos de degenerado—los médicos lo declaran tal—eran un juguete puesto al servicio de la pasión... Y esta opulencia es lo que hace impresionante el vulgar suceso.

* *

Hay, en el espíritu de las gentes, esta idea invencible: un millonario no debe en ningún caso ser asesino.

En efecto, como dijo el aragonés á quien le preguntaron si se mareaba: «¿Yo? ¿Pa qué?» *¿Pa qué*, en efecto, va á asesinar el que tiene resuelto en tan estúpidos términos el problema?

Todos estos asesinatos de las bajas clases, al descargar el puñal, obedecen, aunque no se den cuenta de ello, á cierto rencor que le guardan á su perra suerte. Cansados de pasar apuros, de sudar y bregar para mal llevar la vida, un día se levantan de peor humor y con la bilis revuelta, y al parecer que matan á su novia ó á su amiga, lo que hacen es suicidarse indirectamente; cambiar de postura en el incómodo lecho donde duermen la pesadilla del existir. ¡Pero un multimillonario! ¡Un hombre á quien su oro entrega el planeta; á quien le es tan fácil marcharse del sitio donde sufre, irse á otro donde ni las personas ni los objetos le recuerden en lo más mínimo lo que le desgarró el corazón!

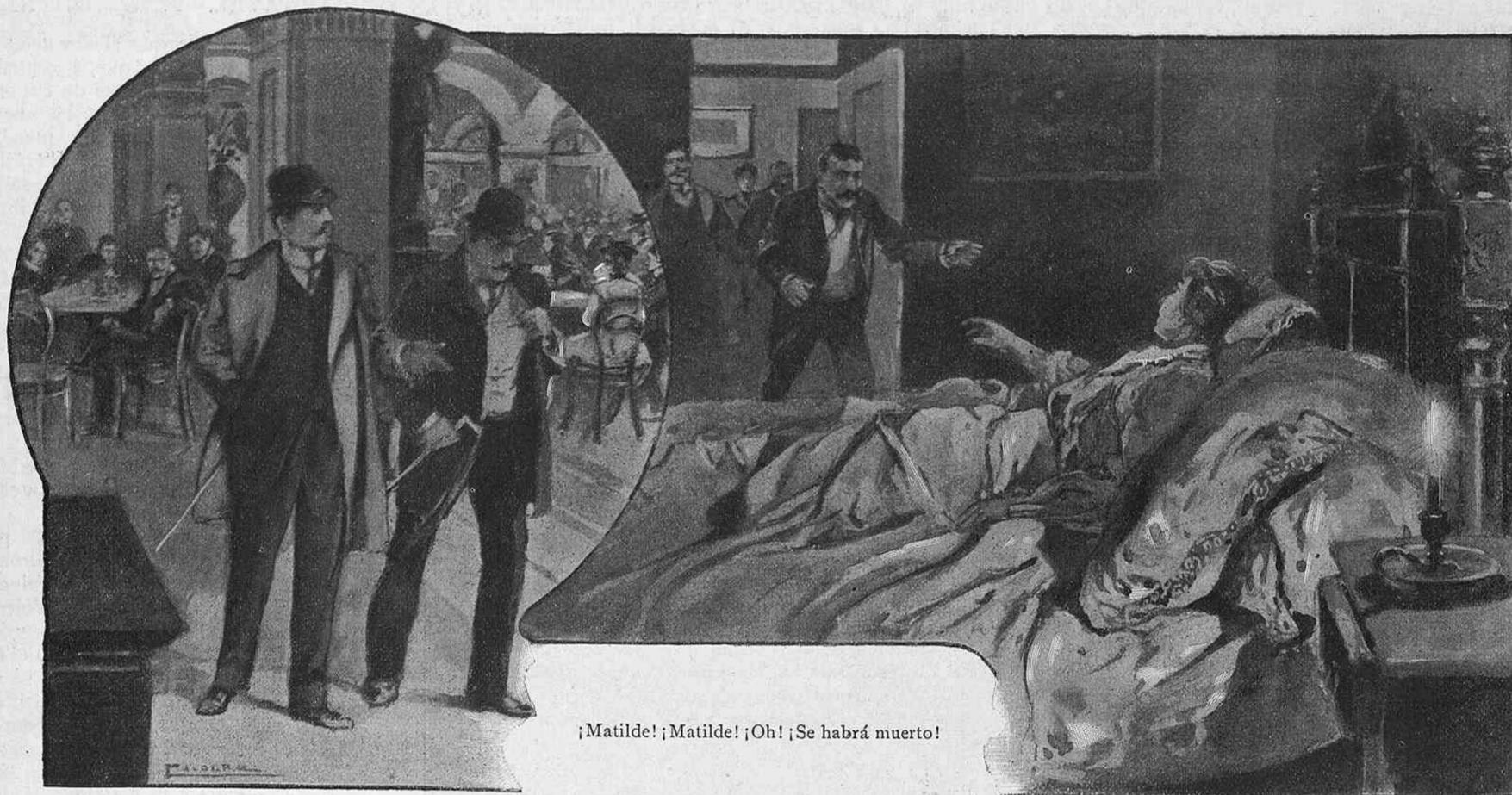
Y se nos ocurre que Thaw no merece ser rico. No es digno de esa fuerza que no supo aprovechar. Y el castigo de Thaw no debiera ser la electrocución, ni ninguno de los variados sistemas de ajusticiamiento conocidos y empleados en el orbe, sino sencillamente la privación de la riqueza. Thaw debiera ser condenado á *trabajar*. Sus millones, á crear escuelas, asilos, bibliotecas; y él, á cumplir el precepto del Génesis... Para tan ahincado celoso tendría este castigo una ventaja: la de que podría cerciorarse así, plenamente, de si su Evelyn le ama de veras, y es capaz, por él, de renunciar á la opulencia y á las satisfacciones del dinero...

* *

¡Qué de cosas presenciáramos si cupiese hacer tal prueba con los amores! En vez de la comedia «Muérete y verás», Bretón debió escribir otra: «Arruinate y verás.» La experiencia sería sobre carne viva, sobre humanidad sangrante y palpitante. Thaw fué un necio en no probar así á su esposa. Si el afecto de la bella resistía á tan amarga decepción, bien podía decirse que era afecto verdadero y de la entraña. Y siéndolo, ¿qué podía importarle el pasado y sus incurables nostalgias? La verdad de un cariño á prueba de pobreza sería tan alta, tan noble, tan hermosa, que su resplandor excluiría toda sombra y todo tormento de recuerdo...

De estos cariños los hay, pero son, como dijo el gran Suleimán el poeta, «preciosos, raros y de tierras lejanas.»

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Matilde! ¡Matilde! ¡Oh! ¡Se habrá muerto!

EL TORMENTO DE LOS CELOS

Quisiera filosofar sobre esta horrible condenación humana, de una manera analítica y profunda, pero las dimensiones que debo dar á mi artículo y el carácter de esta ilustrada revista me impiden realizarlo.

Voy á limitarme relatando una verdadera historia, mejor dicho, una pesadilla de amor, que á tener poca originalidad va á quedarme á lo menos la satisfacción de haber cooperado otra vez á la lucha que todos los que amamos con alegría habríamos de mantener firme y abierta contra el fantasma de los celos.

Quizás no se pueda hablar de algo cómicamente triste y desesperante como no sea de un matrimonio muy ciego, muy amante y á más desconfiado hasta la insensatez. Pronto se descubre en la más mínima de sus conversaciones como en el más insignificante de sus actos la muy negra y perfidiosa interrogación que amarga todos los días de su vida; en una palabra, se acaba por aceptar que los condenados á este infierno moral demuestran un singular empeño en ser sus propios y únicos verdugos.

Muy cerca de mi casa, en el piso de enfrente, viven Alberto y Matilde, cónyuges de dos años á esta parte, tan pasionalmente enamorados que si el esposo anda pegado á las faldas de su mujer, justo será consignar que la esposa está unida al marido como á verdadera esposa.

Los dos celosos, vehementes, de imaginación exaltada, cifran toda la grandeza del amor en someter su alma á un desbordamiento constante de exageraciones, dudas y deseos. Los dos gustan de adivinarse el más ínfimo y vago de sus pensamientos, adelantarse á la respuesta de una pregunta que no ha sido formulada siquiera y mantener llameante el fuego de su pasión de novios, como si sospechasen que toda depresión, por momentánea que fuese, indicaría el enfriamiento de su alma.

Todo esto deduzco de lo que he venido observando casualmente durante los seis meses que ocupan la proximidad de mi casa; deplorable desconocimiento de la vida y del amor en su natural y hasta sublime apreciación, ya que á pesar de tratarse de dos seres indudablemente enamorados, buenos y cariñosos, les ha conducido á los tormentos de un drama semi-cómico para mí y algo trágico para ellos, puesto que han sufrido sus desagradables resultados pasando por una serie de tristísimas escenas que referiré para llegar á la conclusión filosófica de mi relato.

No se me vaya á creer entremetido ni curioso hasta el extremo de husmear los secretos del prójimo. El constructor de la pared divisora debía ser, como los griegos, muy adorador de la acústica, por lo que confió las intimidades de los vecinos á un tabique exageradamente delgado y al poder extranatural de volvernos tapia, virtud que confieso no haber tenido en este caso, porque los escritores no debemos desperdiciar lo que de una manera ú otra la naturaleza nos descubre.

Hablaba Matilde.

—Pero ¿qué tienes?.. Dime, ¿es posible que me ocultes nada?.. ¿Te he ofendido en algo?..

—No, si...

—¡Rehuyes mis preguntas!.. Sin embargo, antes te complacias en adivinar mis más insignificantes deseos... ¡Te apartas de mí!.. Tus besos no son los míos...

El eco enmudeció, y este silencio que yo no esperaba me pareció tan doloroso, que poca fantasía necesité para creer que Matilde lloraba.

—¡No seas así, mujer!.. Si te amo á ti, á ti sola!..

—¡A mí sola!..

—Y pues, ¿dudas de mí?.. ¡A ti sola, que eres todo mi deseo, mi felicidad, mi dolor, mi todo!..

—¡Tu dolor!.. Me acordaré toda mi vida: ¡tu dolor!.. ¿Acaso te molestó?.. ¡Ah, cómo cambiáis los hombres!..

—¡Pero mujer!..

—No; ¡si lo venía observando!.. ¡Si lo has dicho tú mismo!.. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!..

Un violento portazo hirió todas las sonoridades de la casa. Quise oír más, pero fué inútil.

El dulce encanto en que adormecían sus almas se había roto.

Después, nada; un intolerable silencio... La indiscreta pared, como si fuese capaz de arrepentirse, se entregó á un mutismo desesperante, lo mismo que si se burlara de mi natural deseo de averiguar indefinidamente; entonces estuve á punto de retirarme ofendido, pero otro portazo me sumió en un mundo de conjeturas.

Indudablemente que lo había dado Alberto. Era una puerta que nunca había traspasado los límites de una buena armonía cerrándose con la mayor suavidad, de manera que entonces me descubría destempladamente el duro estado de nervios de los dos cónyuges, y deduje que el marido no debía andar en busca de su mujer para hacer las paces, porque cuando los nervios toman parte en cuestiones de esta índole, acostumbran á ser muy malos consejeros.

El disgusto tomó un aspecto más grave de lo que yo suponía. Alberto salió de su casa. Despedíme de mi mujer y eché á andar tras de mi vecino.

Demostraba una serenidad que á mí no me convenía. Hubo un momento en que adiviné que estaba por deshacer el camino, pero el amor propio hundió el acicate en su corazón perturbado y emprendió una loca carrera que me costó gran trabajo seguir.

Sentí en mi alma una gran compasión: se hundían en un abismo del que es muy difícil salir, y cuando Alberto, cansado de rondar por las calles hecho un fantasma, dejó caer su quebrantado cuerpo en una de las sillas de un café restaurant, me acerqué á su mesa con la buena intención de darle algunos consejos.

Intimábamos poco, pero éramos lo suficiente conocidos para poder hablar largo sobre cualquier asunto. Conduje, pues, la conversación hacia mi objeto de una manera algo violenta. Le pregunté si había asistido al estreno de «El martirio de los celos;» tres actos como tres pesadillas dantescas para acabar in-

moralmente: un hombre, mejor dicho un monstruo, que sucumbe á la ofuscación de unos celos atroces, encerrando á su mujer en una casa edificada en la sombría y desierta soledad de unos páramos sin fin.

Me reprendió porque criticaba la obra de inmoral; sostuvo con un calor que me dió frío, que el asunto estaba trazado y desarrollado por mano maestra y que el protagonista del drama obraba muy cuerda-mente. Me arriesgué á recordarle que el marido en cuestión no tenía prueba alguna contra su esposa y que únicamente consumó su crimen instigado por la horrible manía que le atormentaba siempre.

No nos entendimos. Era ya algo tarde y me levanté, seguro de que marcharíamos hacia nuestro domicilio. Se excusó pretextando que tenía quehaceres; aquella noche asistía con varios amigos á la última cena de un soltero.

Dirigíme á la puerta y me llamó.

Trazó algunas letras y me pidió permiso para cerrar el sobre rogándome al mismo tiempo que por manos de mi esposa fuese entregado á Matilde.

Desde aquella noche estoy convencido de que á menudo los grandes males son precursores de los más grandes remedios. Estaba esperando en el comedor á que mi mujer volviese de cumplir el encargo de nuestro vecino. Una multitud de noticias callejeras pasaban rápidamente por mi cerebro: los siete pecados capitales babeaban entre líneas, expuestos á pública irrisión al lado de virtuosos relatos y refinamientos de almas superiores; la desgracia y la alegría, el sarcasmo y la adulación braceando y gesticulando en la inmovilidad de las letras de molde. Había en el periódico unos caracteres muy grandes y negros que decían: *El crimen de anoche*. No quise saber nada; me hallaba molesto, se me figuró que el diablo de los celos reía entre líneas, y estremecíme como si por todas partes me rodearan iracundos condenados á este tormento.

Oí el ruido de algo que cae. Luego un grito que arrancó otro grito de una garganta muy conocida para mí. A poco llamaron desaforadamente á la puerta y entró mi mujer densamente pálida:

—¡Ven!.. ¡Ven!.. que Matilde!..

Desapareció sobre sus pasos. Quedé sorprendido como si se tratara de una alucinación; sin embargo, me repuse pronto y corrí á la casa de mis vecinos, sospechando lo que había pasado.

Sufría un ataque nervioso. Fui inmediatamente á avisar al médico; y como mi parecer fuese de que el remedio no consistía en una droga más ó menos sabiamente administrada, me encaminé de nuevo al restaurant.

Abordé la cuestión sin rodeos hablándole ruda-mente. No me contestó una palabra siquiera, estaba pálido, vencido; se le había desplomado encima todo un porvenir de desdichas; pero cuando le hice entre-ver el gravísimo estado en que dejé á Matilde, se levantó de la mesa, y sin saludar casi á sus amigos, que reían con exaltamientos báquicos, salimos del establecimiento.

—¡Soy un insensato!.. ¿Verdad, verdad que soy un monstruo?..

Quise calmarle inútilmente. Paróse en medio de la calle y preguntóme sin hallar palabras ni saber lo que decía:

—¿Pero usted..., usted?... ¡He dudado de ella, de todo el mundo..., de mí mismo..., de usted!..

No pude menos que reirme: no obstante, me repuse inmediatamente diciéndole:

—Y es que usted no ha amado con serenidad...

—¡Oh, no, no! Sólo recuerdo haberla amado de esta manera durante nuestras relaciones...; pues cuando la vida matrimonial nos lo dió todo, cuando holgaba hablar porque todo nos lo habíamos contado y repetido mil veces, cuando nuestros besos no eran delirantes porque ningún poder del mundo nos lo vedaba, entonces, ¡ah entonces!.., temí que nuestros corazones se enfriaban..., redoblé mis caricias; llegué á imponerme el papel de galanteador... Pronto me convencí de que muchas de mis frases eran vacías, gastadas..., y poco más tarde descubrí que á mi esposa le pasaba otro tanto..., y entonces... ¡oh!.. se presentó la duda, esa duda cruel que nos atormenta á los dos!..

Suspiró profundamente y guardó silencio.

Por fin llegamos. La puerta del cuarto, entornada, bien decía que pasaba algo anormal. En el comedor estaba mi esposa con el doctor, ambos silenciosos y preocupados. Alberto se abalanzó hacia sus habitaciones.

—¡Domínese usted!.. Hay que tener mucho cuidado...

Mi mujer, muy emocionada y apagando la voz, me puso al corriente:

—Delira. Se ha mandado por hielo... Podría ser...

Alberto sentóse muy cerca de la puerta sumamente agitado.

El médico acercóse á nosotros:

—Amenaza una congestión... Precisa calmar á Alberto.

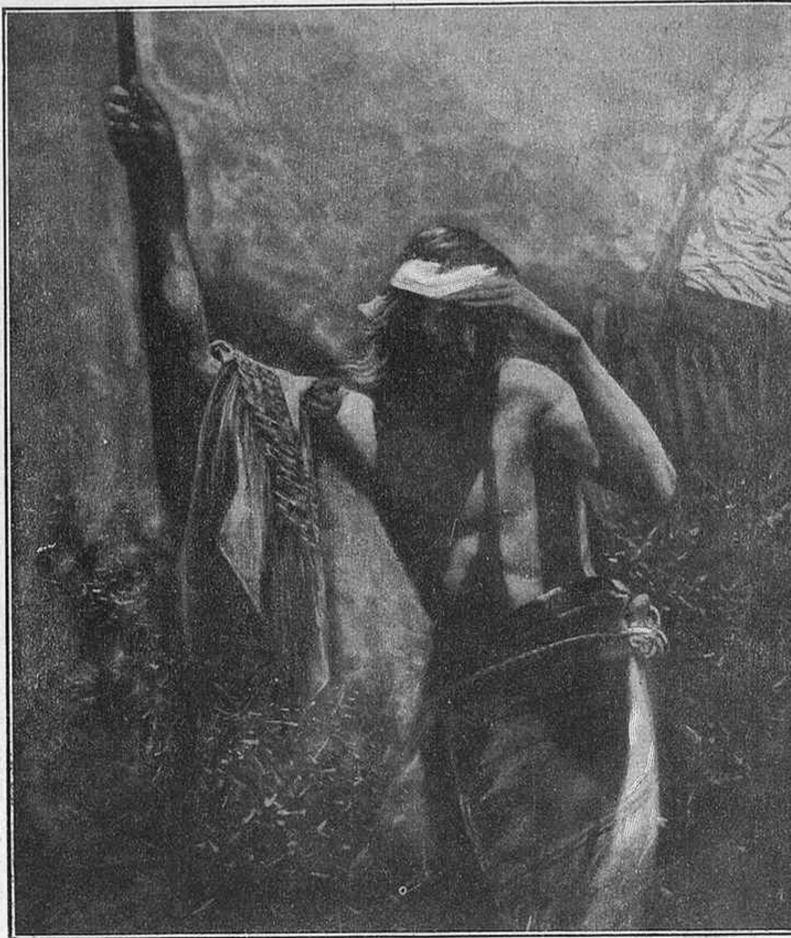
Éste tuvo un arranque y nos cogió desprevenidos.

—¿Van á despojarme ustedes de mis derechos?.. ¡Matilde!.. ¡Matilde!.. ¡Oh!.. ¡Se habrá muerto!..

Y corrió hacia las habitaciones.

Matilde volvió en sí y los dos se fundieron en un

beso infinito, donde todo rencor celoso desaparecía. Tuvimos que separarlos. El médico le indicó que si no dejaba sola á la enferma, él se marcharía inme-



Tipo indio del Chaco, cuadro de Pedro Blanqué

diatamente. Alberto se dejó conducir al comedor. Matilde deliraba; en las tinieblas de la alcoba relataba toda la pesadilla de su amor.

Al cabo de un rato entregóse al silencio, y el sueño reparador cerró aquellos ojos que habían llorado tanto. Salió el médico y anunció que el peligro había desaparecido.

Alberto, de codos sobre la mesa y la cabeza oculta entre sus manos, decía:

—¡Cuán inútilmente hemos sufrido!..

NOGUERAS OLLER.

NOTAS DE CARNAVAL.—MADRID Y NIZA

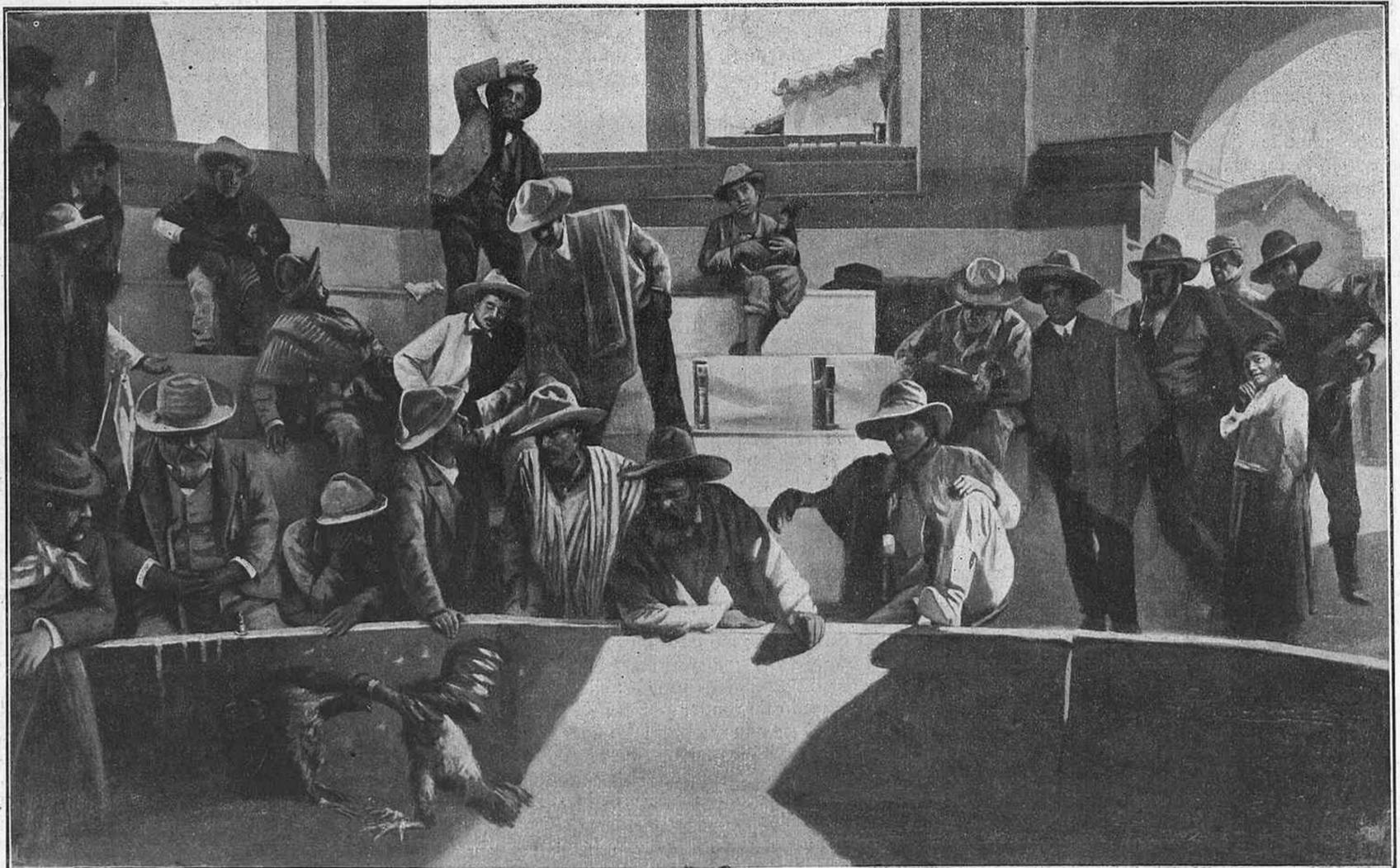
Uno y otro año oímos decir que el Carnaval se muere, y la verdad es que, á lo menos en las principales ciudades de España, hace muchos años que, si no ha muerto aún, está dando las últimas boqueadas, sin que los interesados en infundirle vida den con el remedio que le saque de su postración y de su agonía interminable.

En nuestra capital, apenas se ha notado este año que estábamos en días carnavalescos, y en Madrid mismo, toda la prensa de allí conviene en que las máscaras callejeras han sido pocas y del peor gusto y que la fiesta se ha reducido á mucha gente y muchos coches en Recoletos y la Castellana, á las consabidas rondallas y estudiantinas y á algunas carrozas más ó menos notables, que se disputaban los premios concedidos por el Ayuntamiento.

El jurado declaró desiertos los premios primero y segundo de carrozas, adjudicando el tercero á la denominada *Gnomos*, del Sr. Herreros de Tejada. El primero de los coches se otorgó al de la Sra. de Lastra y el segundo al del Sr. Levenfel; el tercero y cuarto se adjudicaron á dos carrozas, *De pesca*, del Sr. Servet, y *Japonesas*, de la señora de Macías. Además concedió accesit á *Modas de París*, del Sr. Guerra; *Fora á morriña*, y otras.

Los premios de las estudiantinas se dieron á *Unión Escolar*, *La Filarmónica* y *Alfonso y Victoria*; los de las comparsas á *Benéfica Alcarreña*, *Segoviana* y *Nueva Riojana*.

En donde no decae el Carnaval, antes bien presentase cada año con nuevos atractivos y con notas siempre originales, es en Niza. En el presente, como en los anteriores, la animación ha sido grandísima; la afluencia de forasteros enorme; las fiestas al aire libre espléndidas, reinando en todas ellas, la alegría, la suntuosidad y el buen gusto. Máscaras sueltas, comparsas, coches ricamente adornados, carrozas dispuestas con el mayor arte, formaban el regocijado cortejo de S. M. el Carnaval, á quien ha rendido pleitesía una multitud bulliciosa, y durante cuyo efímero reinado, la Locura y el Placer han ejercido su imperio en aquella privilegiada estación invernal de la Costa Azul.—S.



Reñidero de gallos en la capital de Salta (República Argentina), cuadro de Pedro Blanqué



Madrid.—Gnomos, carroza del Sr. Herreros de Tejada (tercer premio)



Fora a morriña, carroza del Sr. Lenç (accésit)



Niza.—S. M. Carnaval XXXV.—Desfile del cortejo carnavalesco por la plaza de Massena. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Madrid.—Modas de París, carroza del Sr. Guerra (accésit)



De pesca, carroza del Sr. Servet (tercer premio de coches)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 137, 140 y 142)

Los hijos de Carlos I de Inglaterra, cuadro de Van Dyck.—Varios son los cuadros en que el célebre maestro flamenco retrató á los hijos de aquel monarca inglés; pero de todos ellos el más notable es indudablemente el que se conserva en la Real Galería de Pinturas de Turín, que reproducimos. Tiene además otra condición que le da mayor valor, y es que se le considera como el único, entre los que tratan del mismo tema, que fué pintado por él enteramente, ó á lo menos en sus partes principales. En el grupo sólo figuran tres de los hijos de Carlos I, lo que demuestra que fué pintado antes del nacimiento del cuarto, que tuvo lugar en 20 de diciembre de 1635. En todos esos cuadros, la colocación de los príncipes es muy semejante. Respecto de las bellezas de la pintura, ocioso nos parece llamar la atención sobre ellas tratándose de Van Dyck: las caras de las figuras son de corrección irreprochable; las actitudes, de una naturalidad asombrosa; el perro mismo es un portento de verdad, y los accesorios, las flores, la alfombra, el paisaje, están dispuestos con tanto arte que, sin debilitar en lo más mínimo la importancia de las figuras, contribuyen poderosamente al buen efecto del conjunto.

Tipo indio del Chaco.—*Reñidero de gallos en la capital de Salta, cuadros de Pedro Blanqué.*—Este dis-

tinguido pintor, de quien hace algunos años publicamos un notable cuadro de género histórico, dedicado, de algún tiempo á esta parte, á recorrer países americanos, como la Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile, con objeto de estudiar los tipos y las costumbres de aquellos pueblos como materia para una

En mala compañía, cuadro de Claus Meyer.—El eminente profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Dusseldorf ha sabido asimilarse perfectamente el modo de ser de otros siglos, de los cuales toma asuntos para sus lienzos; sus personajes tienen una vida, una verdad y un carácter de época tan grandes, que no parecen pintados por un artista de nuestros días, sino por uno de aquellos maestros flamencos del siglo XVII cuyas obras admiramos en los principales museos, ya que en los pasados tiempos de Bélgica y de Holanda busca Meyer principalmente los temas de sus composiciones. Esta impresión es la que nos produce el cuadro que adjunto reproducimos y que puede ofrecerse como modelo en su género.

Ensueño, cuadro de Heilbuth.—Una de las cosas indudablemente más difíciles para un artista es pintar un estado de ánimo, y la dificultad aumenta cuando ese estado no es debido á un sentimiento vigorosamente acentuado, de esos que se reflejan en el rostro y en las actitudes por rasgos marcadamente característicos. El autor de *Ensueño* ha vencido tal dificultad; la figura de su cuadro expresa perfectamente lo que el pintor se propuso, es decir, uno de esos momentos en que el alma, aun despierta, divaga fuera del mundo de la realidad lanzándose á los espacios de la fantasía; y el hermoso paisaje que la rodea contribuye no poco á dar mayor intensidad á la impresión que contemplándola percibimos.

En mala compañía, cuadro de Claus Meyer

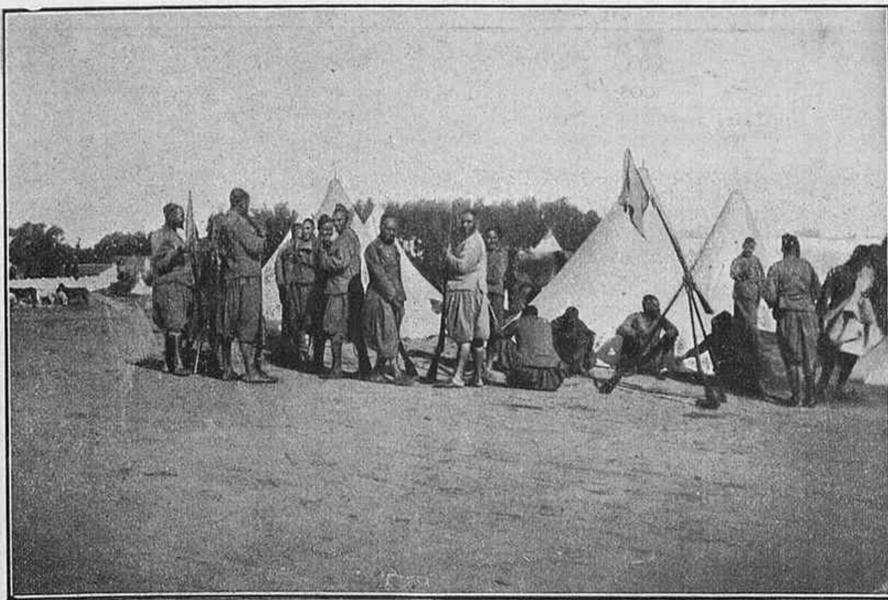


colección de lienzos que, en parte, tiene ya terminada. Los dos cuadros que reproducimos en la página 140 dan perfecta idea del nuevo estilo del artista y se recomiendan por su color local, resultado de un estudio minucioso y de un buen espíritu de observación, así como por su ejecución acertada, tanto en el conjunto como en sus mínimos detalles.

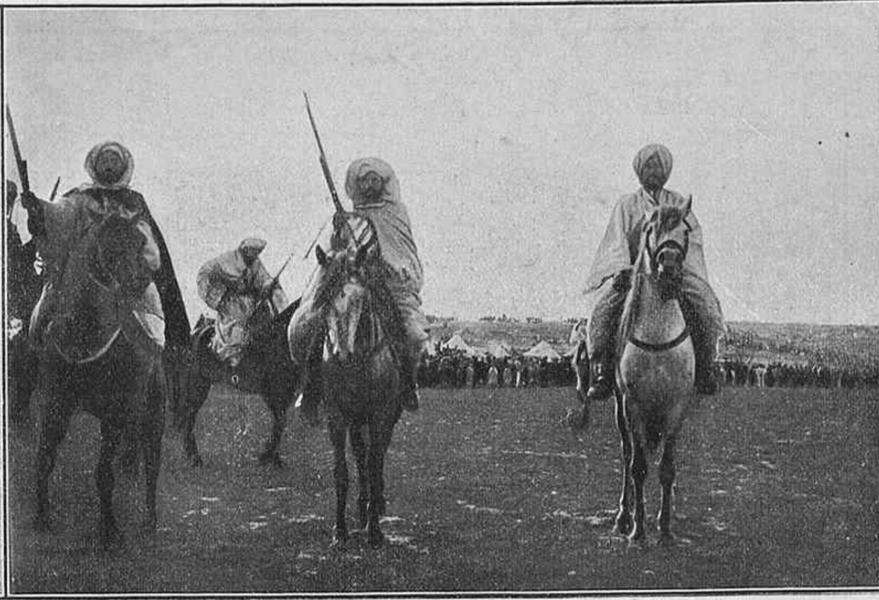
presa perfectamente lo que el pintor se propuso, es decir, uno de esos momentos en que el alma, aun despierta, divaga fuera del mundo de la realidad lanzándose á los espacios de la fantasía; y el hermoso paisaje que la rodea contribuye no poco á dar mayor intensidad á la impresión que contemplándola percibimos.



Ensueño, cuadro de Heilbuth



Marruecos.—Grupo de soldados de la mehalla en las afueras de Tánger



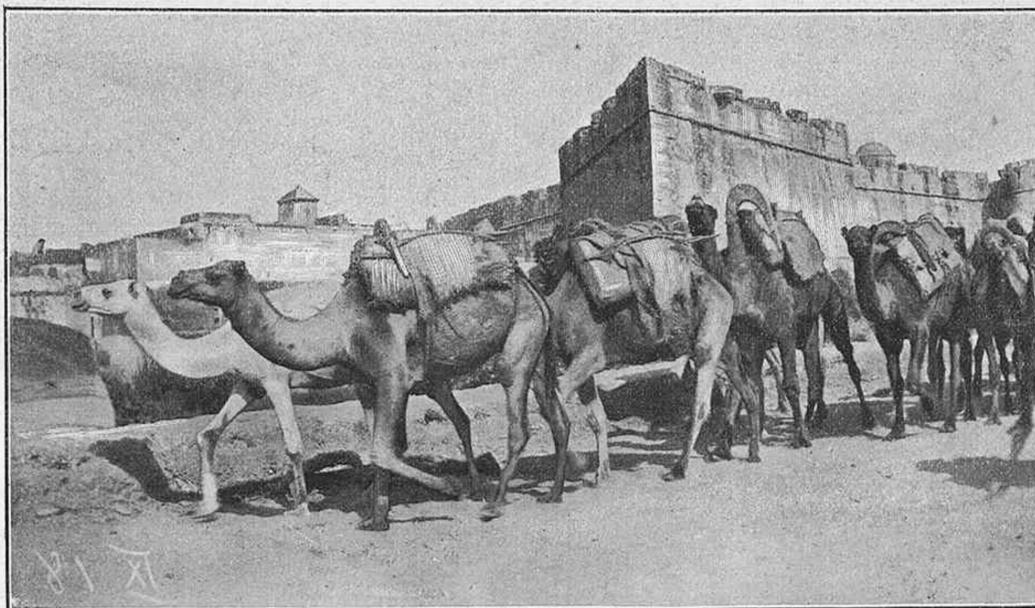
Jefes de cabila antiguos partidarios del Raisuli que se han sometido al sultán

CUESTIÓN DE MARRUECOS

Las operaciones contra El Raisuli hállanse suspendidas desde hace muchas semanas. El célebre caudillo rebelde refugióse, á fines de enero, en Tazerut, adonde llegó acompañado de una escolta de cincuenta infantes, quince jinetes y veinte mulas y camellos cargados de bagajes.

Dijose que El Raisuli había conseguido establecer un acuerdo entre las tribus de los Beni-Arros, de los Beni-Ider y de los Beni-Gaffat para resistir todas juntas á las tropas del Maghzén; pero la segunda se ha sometido recientemente al sultán, y con este motivo asegúrase que El Guebbas ha resuelto que la mehalla prosiga la persecución del rebelde. A este efecto, las tropas leales que ocupaban Arzila se han juntado á la mehalla y las tribus sometidas han recibido orden de enviar contingentes, siendo probable que unidas esas fuerzas pongan cerco á la comarca que ha dado asilo al Raisuli.

A principios de enero, ueron



Marruecos.—Caravana que sale de Tánger con provisiones para el ejército del sultán

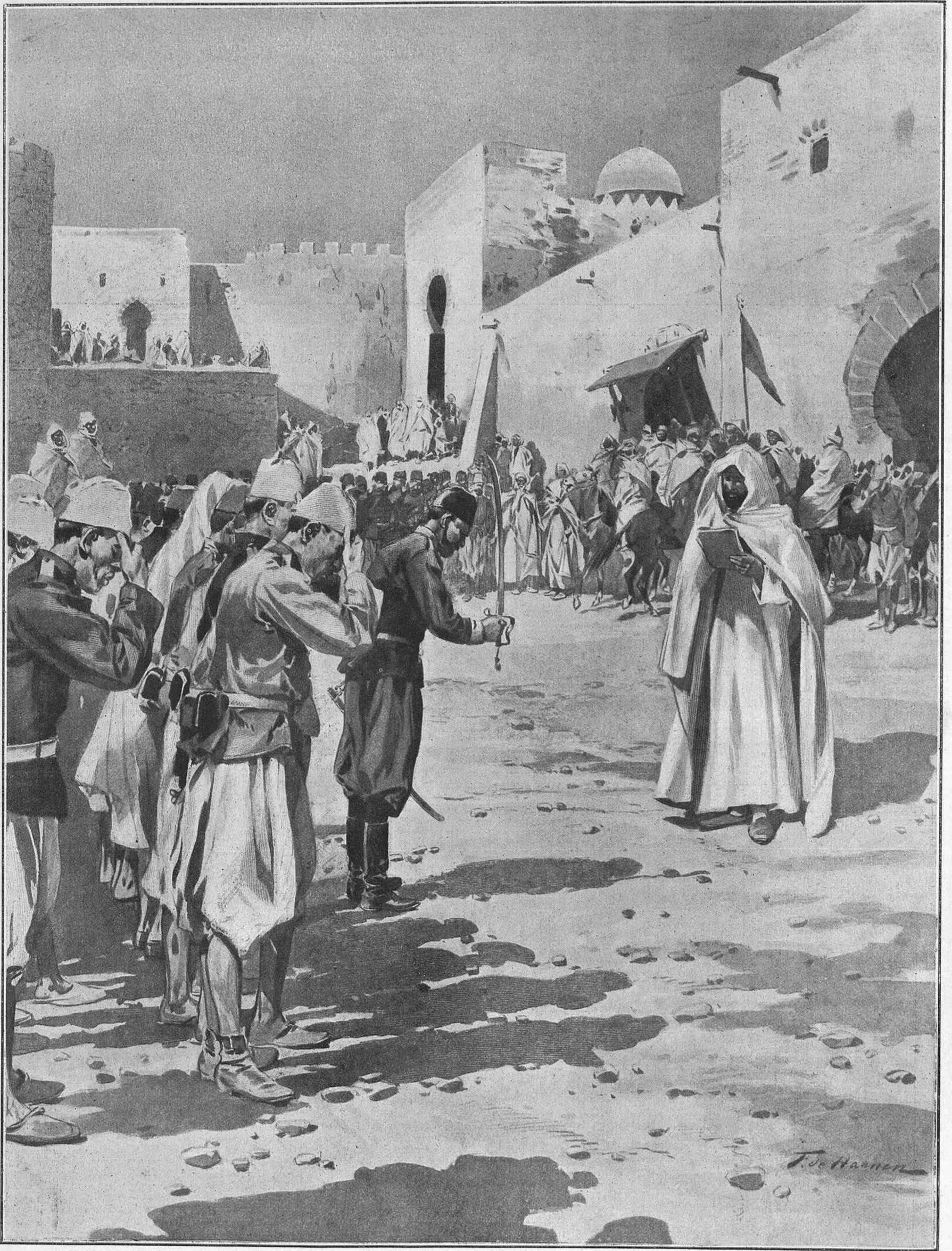
robados tres sacos de correspondencia francesa, y habiéndose sabido hace pocos días que habían sido llevados á la aldea de Bedadúa, ha sido ésta atacada por los leales; pero la mala dirección ha sido causa de que la operación fracasara, habiendo tenido los imperiales 15 muertos y habiendo logrado escapar todos los ladrones menos uno.

El caíd Zellal, protector del Raisuli, se ha sometido al sultán. El día 8 de este mes presentose en Tánger con una escolta, inmóvil algunos bueyes delante de la casa en donde habita el ministro de la guerra, quien le concedió el perdón, y al día siguiente regresó á su país.

Otro de los partidarios del rebelde, Ben Mansur, que se había sometido á El Guebbas, á raíz de la llegada de éste á Tánger, ha sido asesinado hace pocos días en un arrabal de aquella ciudad. Los asesinos pudieron huir, excepto el jefe de ellos, un protegido español llamado Snagui, que después de haberse refugiado en el consulado de España, se constituyó preso voluntariamente. — R.

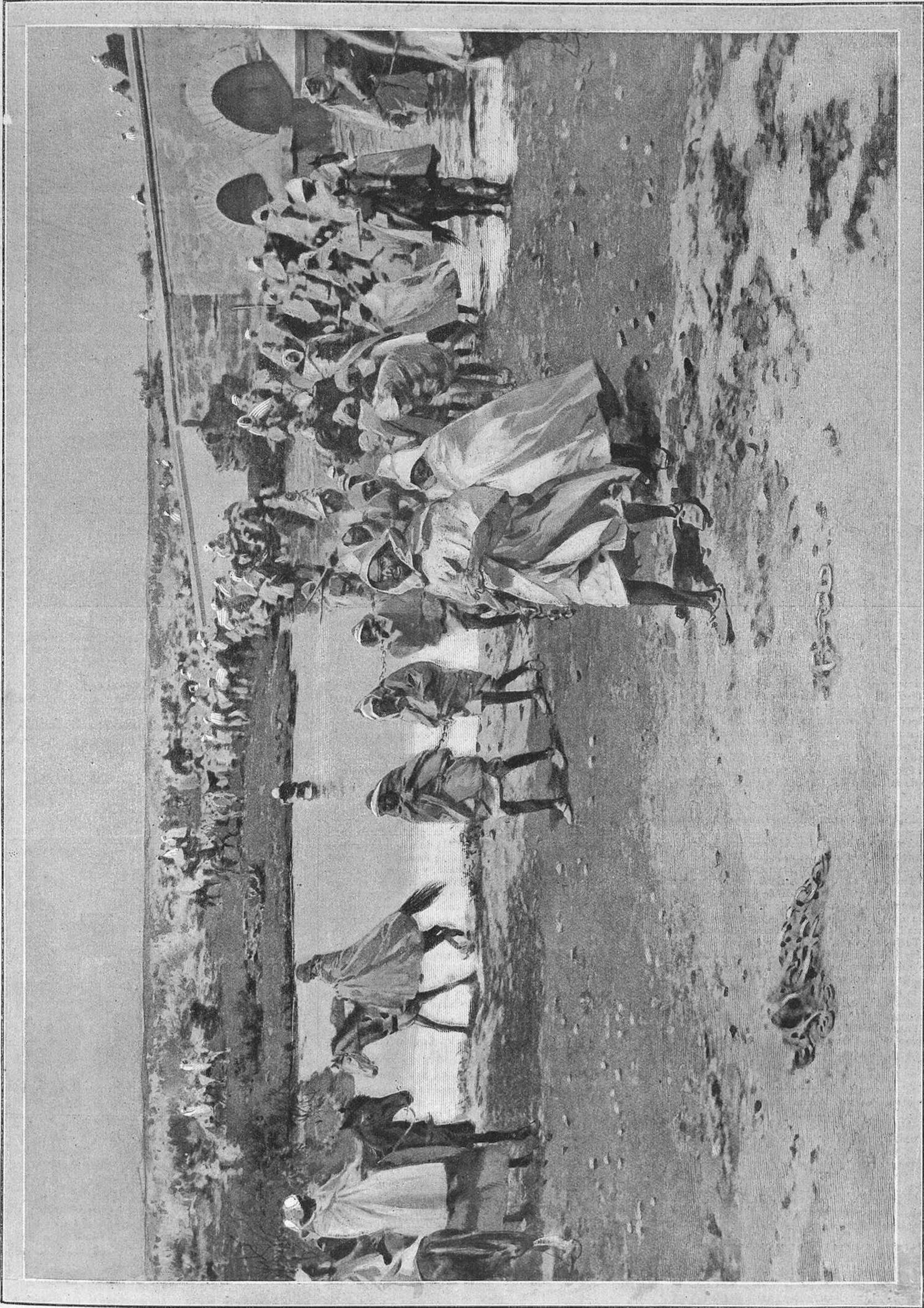


Marruecos.—Cabileños convocados por el Raisuli para hacer frente á las tropas del sultán. (De fotografías de Kittwagen.)



MARRUECOS.—Lectura de la carta del sultán dando las gracias á sus tropas victoriosas en la actual campaña contra El Raisuli
Dibujo de F. de Haenen, hecho sobre un croquis de A. Canovas

Después de la primera derrota de El Raisuli, las victoriosas tropas de la mehallá se reunieron en Tánger para oír la carta del sultán felicitándolas y dándoles las gracias por la victoria conseguida. Cuando se pronunciaba el nombre del sultán, todos los soldados inclinaban la cabeza. La carta decía: «En el nombre de Dios, todopoderoso, y de Mahoma su Profeta, Abd-el-Azís, el sultán (á quien Dios guarde), os da las gracias por vuestra victoria y os excita á perseguir al rebelde Raisuli (á quien Dios castigue). Saludamos á todos nuestros valientes soldados (á quienes Dios bendiga y dé la victoria). Honor á Dios todopoderoso y gloria al sultán Muley Abd-el-Azís.»



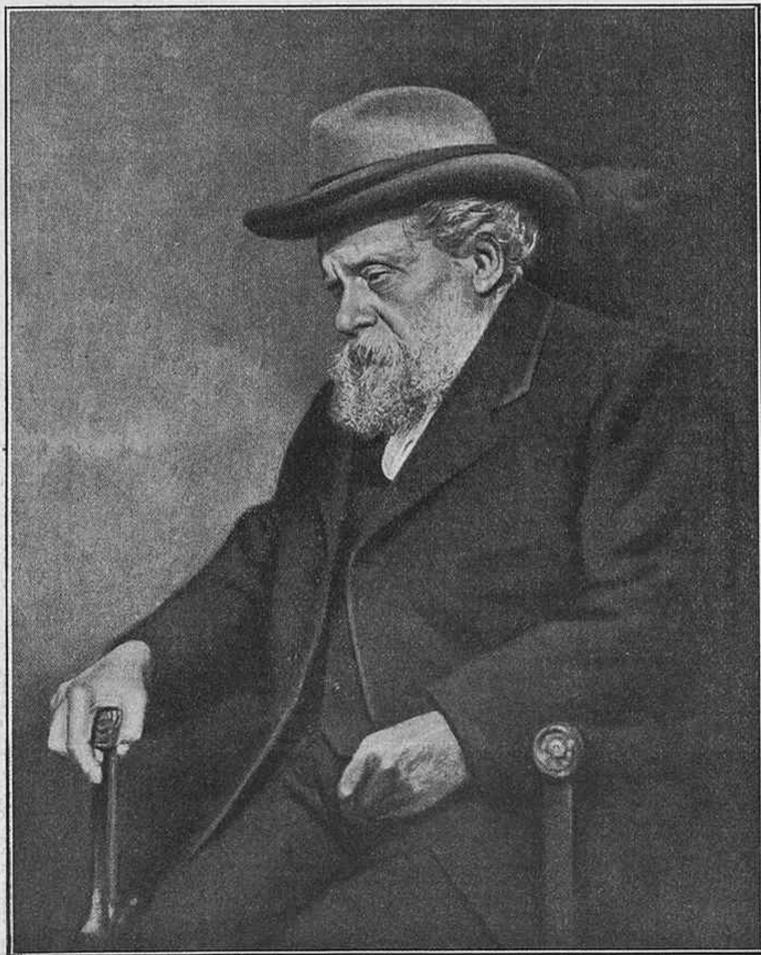
MARRUECOS.—Conducción de rebeldes prisioneros á Fez, después de una reciente expedición de las tropas del sultán.

El sultán de Marruecos tiene que luchar con salteadores, bandidos y malhechores de todas clases que hasta hace poco infestaban particularmente las inmediaciones de Tánger, viviendo del pillaje y del saqueo y siendo el terror de aquella comarca. Recientemente las tropas del sultán efectuaron una expedición contra aquellas partidas, á las cuales hicieron numerosos prisioneros, que cargados de cadenas fueron conducidos á Fez para ser encarcelados y ejecutados.

JOSUÉ CARDUCCI

Con la muerte de Josué Carducci pierde Italia al más glorioso de sus poetas, al que más contribuyó indudablemente á su renacimiento literario, al poeta cuya carrera se halla más íntimamente unida á su existencia nacional durante los últimos cincuenta años.

Ha muerto en Bolonia, en donde pasó casi toda su vida y adonde fué llamado en 1860, cuando sólo contaba veinticuatro años, después de haber enseñado en la pequeña ciudad de San



JOSUÉ CARDUCCI, famoso poeta italiano fallecido en Bolonia en 16 de los corrientes (De fotografía.)

de latitud Sur y los 146° 18' de longitud Oeste, habrá de efectuarse en pleno mar helado y lejos de toda costa.

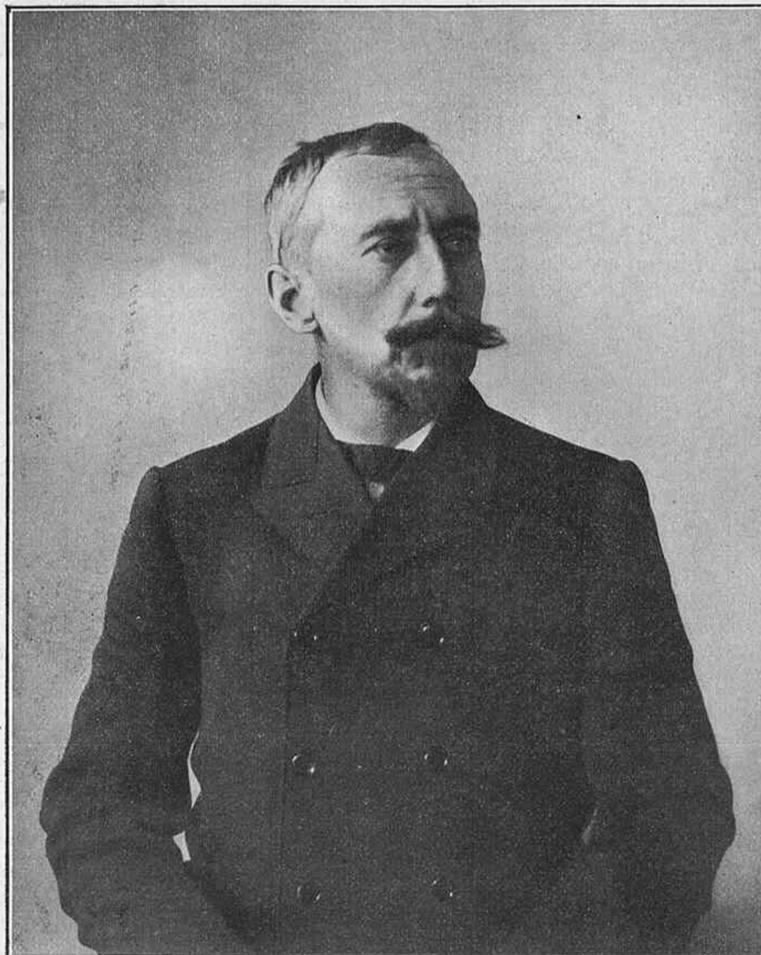
MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—El «Círculo Artístico» ha organizado un concurso de fotografías que abarcará los siguientes temas: 1.º Flores y naturaleza muerta; 2.º El agua y sus reflejos; 3.º Trabajos agrícolas y escenas de la vida del

pondrá, además de éste, de los Sres. Carlos Lavade, Max d'Ollone y Enrique Rabaud. El número y la calidad de adhesiones hasta ahora recibidas permite asegurar que el concurso será un acontecimiento de importancia. En los días que dure el concurso se celebrarán en Beziers grandes festejos.

Las adhesiones y pedidos de reglamentos é informes han de dirigirse al Sr. Secretario general del Concurso Musical en la Alcaldía de Beziers (Herault, Francia).

En Barcelona puede pedirse el reglamento á los Comisarios generales para España Sres. Valentín Martínez, presidente de



EL CAPITÁN ROALD ARNUNDSSEN que ha atravesado recientemente el paso del Noroeste (De fotografía de Carlos Trampus.)

Miniato del Tedesco y en el liceo de Pistoia. En un principio, sólo tenía seis discípulos, pero el número de éstos fué aumentando prodigiosamente, hasta el punto de que casi todos los hombres notables de la generación italiana actual asistieron á su cátedra, sintieron su ascendiente y han conservado de sus lecciones el más profundo recuerdo.

Durante más de cuarenta años, Carducci no salió de Bolonia sino en algunas épocas de vacaciones ó para cumplir los deberes de su cargo de miembro del Consejo superior de Instrucción Pública.

Cuando, hace poco, le fué otorgado el premio Nobel, publicamos su biografía, que, por consiguiente, no reproduciremos ahora.

Su entierro, efectuado el día 18, ha sido una manifestación grandiosa, imponente, á la que se ha asociado Italia entera. Los palacios ostentaban negras colgaduras; en todas partes se veían banderas á media asta; todas las tiendas se cerraron, y los faroles de las calles por donde había de pasar el cortejo fúnebre estaban encendidos y cubiertos de velos negros.

La circulación de tranvías hallábase interrumpida, y una multitud inmensa llenaba las calles, las plazas y los balcones.

El conde de Turín, representante del rey, apenas llegado á Bolonia, dirigióse á la casa de Carducci, á fin de tributar un último homenaje á los restos mortales del poeta y de dar el pésame á la familia en nombre del monarca.

A las dos de la tarde púsose en marcha la comitiva, en la que figuraban todas las autoridades, asociaciones de profesores y estudiantes, representantes del municipio y una muchedumbre enorme en la que se hallaban representadas todas las clases sociales. A su paso todo el mundo se descubrió, en medio de un profundo silencio, sólo turbado por los tañidos de la histórica campana de la torre del palacio municipal que tocaba á muerto.

La carroza fúnebre, arrastrada por cuatro caballos, avanzó lentamente por entre la multitud emocionada; detrás de ella iban el conde de Turín, el Sr. Rava, ministro de Instrucción Pública, los presidentes de la Cámara y del Senado, gran número de senadores, diputados, generales, almirantes y personalidades ilustres, y once carruajes llenos de coronas.

La comitiva, que ocupaba una extensión de dos kilómetros, atravesó la ciudad y se disolvió al llegar á las afueras. El duelo y sus acompañantes se dirigieron al cementerio de la Caruja, en donde fué inhumado el cadáver del gran poeta.

El entierro fué una verdadera apoteosis.

EL CAPITÁN ROALD ARNUNDSSEN

El día 23 de los corrientes habrá dado en la Sorbona de París una conferencia, organizada por la Sociedad de Geografía, el célebre capitán Roald Arnundsen, que á bordo del buque noruego *Gjoa* ha atravesado el famoso paso del Noroeste y ha efectuado la atrevida exploración del polo magnético boreal.

Actualmente proyecta una expedición para explorar el polo magnético austral, empresa mucho más difícil que la anterior, puesto que dicho polo, que se supone situado hacia los 93° 39'

mar, con figuras; 4.º Estudios de figura con luz artificial; 5.º Colección de seis cabezas de expresión con el mismo modelo; y 6.º Seis asuntos fotográficos para la ilustración de una poesía, á libre elección, de autor clásico, que no haya sido ilustrada, á cuyo efecto se acompañará la poesía escogida con las fotografías respectivas.

El Jurado, compuesto del presidente del Círculo, del delegado de la sección de fotografía en la Junta Directiva del mismo D. Pablo Audouard, y de los Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Alejandro de Riquer, D. Ramiro Lorezale y D. Pedro Casas Abarca, tendrá absoluta libertad de acción, así para el otorgamiento de premios como para la admisión de obras, siendo su fallo inapelable, y para publicar este fallo antes de la apertura de la Exposición. Podrán tomar parte en el concurso todos los que cultiven el arte fotográfico, españoles ó extranjeros domiciliados en España, y los trabajos serán admitidos hasta el 15 de mayo próximo, debiendo ser entregados en el domicilio del Círculo (Paseo de Gracia, 37, bajos). Las pruebas deberán estar pegadas cada una en un cartón y llevar un lema que corresponda á otro puesto en un sobre cerrado que contenga el nombre del autor. Se admitirán todos los procedimientos conocidos, no pudiendo ser cada fotografía menor de 1/4 de placa. El número de pruebas que podrá presentar cada expositor es ilimitado y los trabajos habrán de ser inéditos, si bien se admitirán los premiados en exposiciones y concursos públicos, pero sólo para ser expuestos fuera de concurso. Los premios consistirán en diplomas equivalentes á medallas de oro, plata y bronce y accésit.

Tales son las principales bases de ese concurso. Los que deseen mayores detalles pueden solicitarlos dirigiéndose al Círculo Artístico.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La mare*, drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol, y *La condesa Stephanotis*, comedia en tres actos de R. Franquesa; en el Principal *Curva radical*, zarzuela en un acto, letra de Eduardo Aulés, música del maestro Grant; y en el Eldorado *Quo vadis?*, drama histórico, de espectáculo, en ocho actos, inspirado en la célebre novela del mismo título de Enrique Sienkiewicz.

PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en Folies Dramatiques *Le N.º 13*, vaudeville en tres actos, de Enrique Keroul y Alberto Barré; en el Athenée *La Sœur*, comedia en tres actos de Tristan Bernard; en el teatro Moliere *Etoiles*, comedia en cuatro actos de Juan Jullien; y en el teatro des Arts *Madame Gosse*, comedia en cuatro actos de Margarita Rolland, *é Il parait que cela se passait sous Charles VI, ou le Trou d'Almanzor*, opereta bufa en dos actos de Rip y Vilned, música de Willy Redstone.

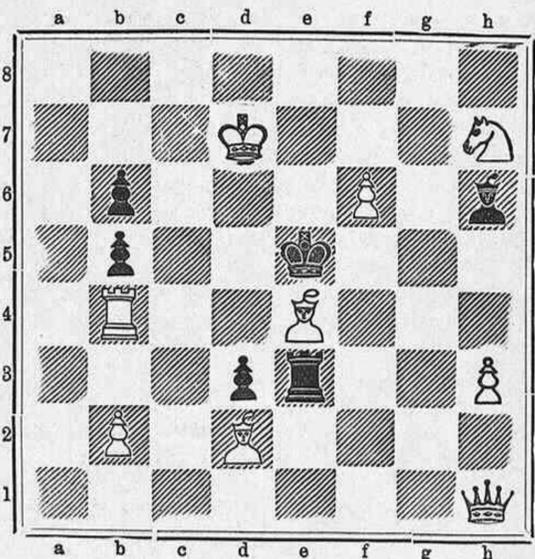
BEZIERS.—Bajo los auspicios de la Municipalidad, se celebrará en Beziers, en los días 19 y 20 de mayo próximo, un concurso internacional de Música, en el que podrán tomar parte orquestas, bandas, orfeones, estudiantinas, etc., de todo el mundo. El jurado, cuya presidencia ha sido aceptada con entusiasmo por el eminente compositor Saint-Saens, se com-

la Asociación Euterpense de los Coros de Clavé, calle de San Pablo, 83; J. Charrase, calle de Clarís, 68, y Luis Millet, director del «Orfeo Catalá.»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 453, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 452, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dd8-h8 | 1. Re4xf4 |
| 2. Dh8-d4 jaque | 2. Rf4-g5 |
| 3. f2-f4 mate. | |

VARIANTES

- 1..... Re4-d3; 2. Dh8-c3 jaque, etc.
 Re4-d5; 2. Ad1-e2, etc.
 e7-e6; 2. Dh8-c3, etc.
 Otra jug.ª; 2. Dh8-e5 jaque, etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^oItaliens, Paris.



EL MIEDO Á LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia Francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

—Sin duda desdeña á los oficiales que piden el retiro.

Marthenay se había retirado el año anterior.

—Desdeñaba, dijo Clemente con acritud.

No podía sufrir que le robasen su muerto. Y después de conseguir atraer otra vez la atención, dió algunos detalles.

—Armando tiene razón. El comandante Guibert estuvo en Saboya hace un mes. Pasó dos días con su madre y su hermana en el Maupas, y marchó en seguida adonde le llamaba su deber, á Timmimoun, al Sur de Argelia.

—A la entrada del Tuat, añadió el ex teniente de dragones, que desde que se había retirado tomaba un gran interés por los asuntos militares. Pero el general Servières ha rebasado ya Timmimoun; de modo que los Bereberes y Duimenias habrán atacado su retaguardia.

Clemente cogió el monoclo y con descaro se puso á mirar á Marthenay.

—Armando, no te conozco. ¿Te habrás convertido ahora en un estratégico?

Isabel, después de mirar la cara palidísima de su amiga, tomó parte otra vez en la conversación.

—No entiendo una palabra. Acababa de regresar de la expedición á través del Sahara, que ha durado año y medio ó dos años, no sé cuánto. Después de tales expediciones suelen gozar de una larga licencia. ¿De modo que él no ha descansado nada? ¿Ha vuelto á empezar de nuevo la campaña? Porque si ha muerto, habrá sido en un combate.

Alzando la cabeza y dejando el vaso, Clemente dijo:

—Cuando uno es héroe, no lo es á medias. Él mismo ha reclamado ocupar su puesto á causa del peligro.

El Sr. Lavernay, acercándose al oído de su vecina, murmuró bajito:

—Me gusta mucho verle á usted animada. Sus mejillas se encienden y sus ojos echan chispas.

Sin embargo, él no miraba ni sus mejillas ni sus ojos. Preocupada seriamente, la joven le cortó bruscamente la palabra con aquella acritud que el matrimonio no había disminuído:

—¡Cállese usted, viejo verde!

Alicia había cogido un ramo de orquídeas y oliéndolo ocultaba á medias su palidez. Por fin Isabel no pudo más y dejó escapar la inquietud que hacía tiempo le torturaba:

—¿Y el capitán Berlier? También acaba de regresar del Sahara. Pertenecía al mismo regimiento de tiradores que el comandante Guibert. ¿Estaba con él en Timmimoun?

¿Adivinó Clemente Dulaurens por el timbre de su voz su ansiedad? Había sido víctima muchas veces de los sarcasmos de Isabel, que no perdonaba á nadie, para no gozar del placer cruel de atormentarla un poco.

—Y es verdad; Juan Berlier también debía estar en Timmimoun.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que sabe usted con exactitud?, preguntó imperiosa y violentamente Isabel.

—Cuéntanos lo que te han dicho, añadió la señora Dulaurens, que arrastrada por la conversación ya no pensaba en darle otro giro y se resignaba á ello.

—¡Allá voy! Mientras estaban arreglando el automóvil en Cognin, he entrado en el café Nacional, en donde sólo había el alcalde, el maestro y tres ó cuatro concejales. Al verme tomaron un aire misterioso. «¿Están ustedes en sesión?—les pregunté.—No, estamos hablando—dijo el alcalde.» Y no dijeron nada más.

—¿Y qué más?

—Esto es todo en lo que á mi se refiere. Salgo y envío al *chauffeur* á tomar un vaso de cerveza, encargándole que se enterase de lo que pasaba. Es muy amigo del maestro; los dos son anarquistas.

—¡Anarquistas!, exclamó la señora Sougeon escandalizada.

—Sí, señora. Hoy en día lo es todo el mundo. Está de moda. Mi *chauffeur* volvió. «Ya sé—me dijo.—Han recibido un telegrama del ministro dando cuenta de haber muerto en Africa el comandante Guibert. —¿Está usted seguro?—Segurísimo. Ha sido muerto por los salvajes defendiendo un pueblo que se llama Timou...—¿Timmimoun?—Eso es! Y como es preciso dar la noticia á su familia, están de mal humor. Han mandado al guarda rural.»

—¿Al guarda rural?, preguntó el Sr. Dulaurens, muy fuerte en cuestiones de etiqueta. Pero si debe ser el mismo alcalde en persona quien debe llevar el fatal telegrama.

—Los Guibert son *reaccionarios*, dijo el Sr. Lavernay. Y los señores republicanos no habrán querido molestarse.

—¡Pero si los Guibert no se ocupan de política!

—El abuelo fué consejero general con los conservadores, y el padre, alcalde de Cognin. Ya es bastante.

La señora Dulaurens miraba inútilmente hacia su hija, de quien estaba separada por un candelabro. Las orquídeas que ocultaban el rostro de Alicia se marchitaban bajo el tibio rocío de sus lágrimas. En la curiosidad general, nadie la vió llorar.

—¿Cómo ha muerto?, preguntó una de aquellas señoras.

—Al frente de su tropa, después de la victoria, de un balazo en la frente. Son palabras del telegrama que mi *chauffeur* ha leído.

La señora Sougeon, meneando su cabeza gris, preguntó:

—¿Habrá podido recibir los sacramentos?

El Sr. Dulaurens, siempre correcto, exclamó:

—¡Es una gran pérdida para el país!

—Sí, añadió su esposa en un noble arranque de elocuencia. Y nosotros debemos honrar su gloriosa memoria. Organizaremos unos funerales cuya pompa asombre á Chambery entero. Corresponde á nuestra clase mostrar á Francia cómo debe ser reconocido y recompensado el verdadero mérito, y sobre todo ahora, en esta época, en que las medianías invaden la nación y en que la envidiosa igualdad la hace descender al más bajo nivel posible.

Había leído las últimas frases, aquella misma mañana, en un artículo de fondo del *Gaulois*.

Alicia, sorprendida de aquellas palabras en boca de su madre, pensaba: «Entonces, ¿por qué no quisieron concederle mi mano?» Isabel, muda, pensaba en Juan Berlier, cuya suerte desconocía.

La señora Orlandi, olvidándose por un momento de Pistacho y viendo á su hija pensativa, la envolvió con una mirada de cariñosa admiración, se acordó de la profundidad de su afecto maternal, y en un arranque algo egoísta, pero lleno de piedad, se conmovió por la señora Guibert y preguntó:

—Y su madre, ¿lo sabe ya?

Todas las miradas se volvieron hacia Clemente Dulaurens. Éste, con desenvoltura de mal tono, que más que á su insensibilidad obedecía á sus pocos años, dijo:

—Supongo que ya debe saberlo todo. Al regresar, la he encontrado que subía al Maupas en su viejo carretón. La he visto bien porque en aquel momento pasaba por delante de un farol y mi automóvil estropeado no me permitía ir de prisa.

Aquellas palabras causaron á cada convidado una sensación física. Parecía que el aire frío de la calle había helado de repente aquel comedor tan confortable. Instintivamente el Sr. d'Ambelard, disgustado,

Y en aquella habitación á oscuras ocultaba vanamente su rostro para no verlos

miró si alguna ventana se había abierto. Un estremecimiento recorrió toda la mesa ante una misma visión: ante la imagen de una pobre anciana, muy castigada por las penas, que dulce y tranquila por un camino lleno de nieve se encaminaba hacia su hogar donde le esperaba la muerte.

Aquella catástrofe inevitable que iba á realizarse, que tal vez se realizaba, allí cerca, en aquel mismo momento, les impresionaba mucho más que la muerte gloriosa y en países lejanos del comandante Guibert. Un sollozo de Alicia rompió el pesado silencio. Con voz aterrada, Isabel murmuró:

—Ahora ya lo sabrá.

Todas las señoras se afligieron, y la dueña de la casa, pronta á la acción, se prometía prodigar toda clase de consuelos á la pobre madre en una próxima visita.

Ante aquellas caras de duelo, Clemente, que gustaba de la alegría, sobre todo en la mesa, comprendió su inoportunidad y se dijo interiormente:

—¡Pues he metido la pata!

Su padre, dominado por los principios de la etiqueta, cambió sin darse cuenta la conversación, volviendo sobre un tema que no habían discutido suficientemente:

—El alcalde de Cognin tenía que haber ido él mismo en persona y proceder con toda clase de miramientos en vez de mandar groseramente un guarda rural.

Aprovechando este claro, el Sr. d'Ambelard lanzó la protesta que hacía tiempo retenía trabajosamente:

—Todo nuestro sentimiento no hará cambiar los hechos, y podríamos hablar de algo que fuera menos triste. Cuando vivía en París, siempre preguntaba, antes de ir al teatro, si la comedia acababa bien. En una reunión de la buena sociedad se debe, como en el teatro, desterrar la tristeza.

El marques de Lavernay fué del mismo parecer, y se enterró al muerto. El champagne llenaba de oro líquido las copas. Las flores perfumaban la mesa, llena de cestas con frutas heladas. Las alhajas de las mujeres lanzaban sus destellos. Se encontró, no sin alegría, la antigua atmósfera de lujo y bienestar que una inoportuna noticia había turbado. Sin embargo, Alicia é Isabel seguían tristes y calladas.

Se brindó por la joven pareja Marthenay, cuyo aniversario se celebraba, y pasaron al salón.

Alicia, no pudiendo más, se escapó y fué á esconderse en el gabinete de su madre... En la obscuridad se entregó á su dolor. Había tenido el valor de sonreír cuando brindaron por su «felicidad tan envidiada.» ¡Su felicidad! La buscaba en vano en el presente y en el pasado, y era inútil esperarla del porvenir. Con la lucidez que dan las grandes sacudidas del destino en donde el pensamiento se aniquila, revivió, en medio de su desesperación, los últimos años pasados. Como una serie de imágenes claras y rápidas desfilaban ante ella aquellos tristes días...

No quería ser la esposa de Armando de Marthenay; pero una continua sugestión había vencido todas sus resistencias. Y había bajado la escalinata del templo, en traje de boda, del brazo de un esposo que ella no había elegido. ¿Y después? ¿Encontraba en sus recuerdos una sola hora de dicha, de aquella dicha profunda y pura que su alma infantil imaginaba? Durante los primeros tiempos de su matrimonio, una especie de pereza bienhechora había caído sobre ella, como una niebla en una llanura saqueada cuyo desastre oculta. Se olvidaba de escuchar á su corazón. Su esposo mostraba el buen humor de hombre ocupado; montaba á caballo, cumplía puntualmente con sus deberes militares, recibía á sus compañeros y organizaba partidas. Ella se dejaba distraer con los nuevos cuidados de gobernar su casa y las múltiples obligaciones de la vida de sociedad. A falta de un marido como había soñado, tenía junto á ella un compañero orgulloso de su fortuna y de su buena figura, sin grandes delicadezas á decir verdad, sin gran inteligencia y hasta poco galante, pero sano y de una fatuidad que le permitía admirarse sin cesar en todas las circunstancias de la vida. Con el nacimiento de una niña creyó conseguir, por fin, la felicidad y encontrar el olvido que en vano buscaba.

De aquel período soportable de su existencia, su pensamiento pasó á otra etapa que aún duraba. A causa de incidentes imprevistos, el regimiento de guarnición en Chambéry fué destinado á una lejana población del Este. En vano Marthenay trató de permutar. Era preciso partir, abandonando Saboya, ó dejar la carrera. Ante la perspectiva de aquel alejamiento la señora Dulaurens se puso tan triste, que Alicia cometió la imprudencia de recordar á su esposo la promesa hecha solemnemente antes de casarse. Esclavo de su palabra, el teniente se sacrificó y pidió el retiro. De este modo se entregaba con ale-

gría á sus instintos perezosos que la vida militar estorbaba. Y desde aquel momento empezó una caída progresiva y profunda.

Comenzó por frecuentar asiduamente los cafés. Al llegar el verano fué uno de los habituales concurrentes del Círculo de Aix-les-Bains y de la Villa de las Flores. Comenzó á jugar al *baccará* y ganó. Mientras su mujer convalecía lentamente del parto, tuvo algunos enredos que llamaron la atención de los veraneantes. Alicia se enteró de sus infidelidades. Su candor había persistido después del matrimonio. Hizo el cruel aprendizaje de la infidelidad antes de saber que se podía ser infiel. Se rebeló, y en vez del arrepentimiento esperado, que hubiese dado origen al perdón, recibió esta humillante respuesta: «Has querido que me retirara y me he retirado. No des la culpa á nadie si he tratado de distraerme á mi modo de la pérdida de mi carrera. Es preciso que el hombre se ocupe en algo. Yo te he sacrificado el ideal de mi vida; ¿tú me has sacrificado algo en cambio?» Confundida por estos reproches, se aisló más aún, rodeándose de un triste silencio, pero sin llegar á la resignación, como correspondía á su pasiva naturaleza.

Pérdidas en el juego agriaron el carácter de Marthenay. Terminado el verano, ocioso y desorientado, contrajo la afición á la bebida. Ante sus propios ojos vió cómo trataba de seducir á su amiga Isabel, y se enteró del fracaso con indiferencia. Y de este modo fué siguiendo las fases rapidísimas de la ruina moral de su esposo, de la que tal vez había sido ella misma la causa. No conseguía prescindir por completo de él, y mucho menos se sentía capaz de emprender una salvación que creía imposible.

Cuando hubo pasado revista á su miserable existencia, Alicia, ya acostumbrada á la tristeza, se extrañó de sufrir de aquel modo. Estaba acostumbrada á vivir con sus tristes pensamientos. Su monótona desolación le era familiar. Y de pronto descubría en su amargura un nuevo sufrimiento. Otras melancólicas imágenes invadieron su memoria, como para recordarle la influencia que ella había tenido en su destino. Recordó el día en que Paula Guibert, á la sombra del bosque de encinas, había hecho vibrar su corazón ante un deseo desconocido. Recordó los reflejos sangrientos del ocaso á través de los árboles, la invasión de un verdadero cielo en su alma enajenada, y á Marcelo alto y fuerte inclinándose hacia ella y hablándole de amor. Después..., después le vió allá abajo, sobre un suelo lejano y quemado por el sol, con la frente abierta, pálido y triste, con sus ojos llenos de reproches mirándola fijamente. ¡Oh, ojos llenos de agonía! ¡Cómo los recordaba! De aquel mismo modo la miraron cuando ella guardó aquel culpable silencio destructor de su felicidad. Y en aquella habitación á obscuras ocultaba vanamente su rostro para no verlos.

Aterrada y temblorosa dirigía al muerto súplicas amorosas: «Marcelo, perdóname. No me mires de ese modo. Yo no sabía. Era una criatura. Esta es mi única disculpa. Sí, fui cobarde, tuve miedo de luchar, de defender mi amor; tuve miedo de esperar, de amar, de sufrir y de vivir. ¡Pero Dios me ha castigado! ¡Ah! ¡Y cuán cruelmente! Cierra los ojos, Marcelo, perdóname...»

Asustada por el tono de su propia voz, llevóse las manos al pecho. Se ahogaba como el día en que dió á luz. De su corazón desgarrado salía, por fin, el conocimiento de la vida, de su fuerza y de su importancia. Y con toda su alma libertada amó á Marcelo como él le había amado á ella, con nobleza y con orgullo. A causa de ella, buscando el olvido, había atravesado el África y encontrado la gloria y la muerte. Tal vez al caer había evocado su imagen. Y era su más ardiente deseo haber ocupado su último pensamiento, aunque este pensamiento hubiese sido despreciativo. Y al comparar su existencia con la que había rechazado, sintió no ser la viuda de un héroe antes que la esposa de un hombre incapaz de inspirar y sentir el amor...

Se abrió la puerta del cuarto, y su madre, inquieta por su prolongada ausencia, preguntó:

—Alicia, ¿estás ahí? Contesta.

—Sí. ¿Qué quiere?

Sorprendida por aquella dureza inesperada, la señora Dulaurens salió al corredor y volvió con una luz. Encontró á su hija pálida é inmóvil, y vió las huellas de recientes lágrimas en sus mejillas mal secadas. Sentóse á su lado y quiso cogerla en sus brazos. Pero Alicia rechazó el abrazo. Aquel corazón que sólo era maternal se angustió.

—Hijita, ¿qué te pasa? ¿Sufres? Cuéntame tus penas. Soy tu madre. ¿Qué te pasa?

A pesar de su costumbre de mando, que aquella rebelión de Alicia exasperaba, comprendió que no era el momento oportuno para discutir con su hija.

Le prodigó caricias y mimos, si bien inútilmente. Y al repetirle:

—¿Qué te pasa?

Alicia le contestó con una voz nueva para ella:

—Nada.

Su madre, ante la gravedad de aquel dolor, dudó entre dos preguntas que ansiaba hacer.

—¿Se trata de tu marido?, preguntó por fin, después de haber adivinado que la muerte del comandante Guibert no era extraña á aquellas lágrimas.

Pero no se atrevió á tocar aquel secreto que años atrás había tratado tan ligeramente.

—Sí, murmuró Alicia con el tono de siempre.

Y las dos aceptaron aquella mentira que les ahorra un inútil reproche del pasado. Y pensando en Marcelo Guibert, se pusieron á hablar de Armando de Marthenay.

Alicia se quejaba de su vida sin alegría.

—Hicimos mal obligándole á pedir el retiro.

—¡Hija mía! ¿Hubieses consentido en abandonar-me?

—¿Es mejor que él me abandone á mí?

—Yo me habría muerto, aseguró su madre, si tú llegas á marcharte. ¡Nunca sabrás cuánto te quiero y cómo deseo verte dichosa!

Hablaba de buena fe. Engañada por las palabras pronunciadas por su afligida hija, volvía á encontrar la tranquilidad que la muerte del héroe había casi destruído. Aleccionada por su propia experiencia, no se extrañaba de la decepción que el matrimonio había producido en la abandonada esposa de Armando de Marthenay. ¿No era esta la suerte de la mayor parte de las mujeres? ¿Y no tenía Alicia, para consolarse, lo que falta á tantas otras, el calor del cariño maternal?

Alicia, en aquel momento, veía á otra pobre madre que bebía el cáliz de la amargura; á una pobre anciana á cuyo lado hubiera querido estar, á cuyo lado habría estado si hubiese seguido su destino. Como los débiles que se rebelan, rebasaba la medida y llegaba á ser injusta con su propia madre.

Madre é hija se miraron. Aquella comprendió por fin, y sintió una aflicción profunda. Un abismo inmenso acababa de abrirse entre ambas. Las dos tuvieron de ello la cruel revelación. Se dieron cuenta con brusca evidencia de la diferencia de sus caracteres, uno imperioso y entregado á los prejuicios de la sociedad, el otro delicado, dócil y sólo entregado á la ternura.

Cuando volvieron al salón, algunos instantes más tarde, tranquilas y del brazo, nadie hubiese sospechado el drama íntimo que acababa de separarlas para siempre.

Isabel llevaba el peso de la conversación; hablaba en voz alta, con indolencia, hacía frases y enseñaba sus blancos dientes. Y de cuando en cuando echaba á su alrededor, sobre su marido, sobre sus adoradores Marthenay y Lavernay y especialmente sobre Clemente Dulaurens, una mirada cargada de odio y desprecio. Les odiaba á todos porque no podían asegurarle que Juan Berlier vivía.

Vió que Alicia había llorado y envidió la sinceridad de su dolor.

Al despedirse y acompañarle su amiga al tocador á ponerse el abrigo, se aprovechó de que estaban solas para echarle los brazos al cuello, y abandonándose á la emoción que había contenido durante toda la noche, murmuró á su oído estas palabras extrañas que en seguida fueron comprendidas:

—¡Pobre Alicia! ¡Qué cobardes hemos sido! Y ni siquiera hemos podido esta noche llorar libremente á nuestros muertos. Nuestras vidas les pertenecían y se las hemos robado. ¡Lloremos por nosotras y por nuestra triste vida que hubiera podido ser alegre!

—Sí, dijo Alicia, el dolor es mucho más envidiable que nuestra vida...

II

LA MISIÓN DEL GUARDA

La discusión, en el café Nacional de Cognin, había sido larga y animada.

Cuando llevaron á la alcaldía el telegrama del Ministerio de la Guerra, el maestro y secretario señor Maillard, desde el umbral de la puerta, despedía á sus alumnos. Tomó el pliego azul de manos del empleado, que meneando la cabeza con aire de importancia dijo:

—¡Oficial y gratuito! Es para el alcalde.

—¡Venga!, replicó el maestro cogiendo el telegrama y abriéndolo en seguida para convencer al empleado de telégrafos de que era él el verdadero amo del pueblo.

Leyó dos veces el telegrama, que venía firmado por el ministro:

Alcalde de Cognin-Chambery. Participe inmediatamente á la familia Guibert que el comandante Guibert ha muerto defendiendo la Casbah de Timminoun (Argelia) de un balazo en la frente después de haber rechazado el asalto.

Al leerlo por primera vez no se enteró del todo, porque refiriendo todas las cosas á su propio interés, como la mayoría de la gente, esperaba encontrar en aquella comunicación del gobierno algún hecho de un orden más personal; por ejemplo, la exención de su hijo que acababa de entrar en suerte y trataba de que eludiera el servicio militar.

La decepción dominó á la piedad. Después de haber dado la noticia á su esposa y al ayudante de la escuela, cogió el sombrero y se fué al café Nacional, propiedad del alcalde Sr. Simón y administrado por él mismo en persona. Había substituído al doctor Guibert, excluído del Consistorio poco antes de morir, el mismo año en que había asistido gratuitamente á casi toda la vecindad, víctima de la epidemia de fiebres tifoideas. Era un picapleitos charlatán y borrachín, que bebía con todos sus clientes y se servía de su café como de agencia electoral. Ignorante y torpe, aunque buena persona, abandonaba la administración en manos del maestro, que le deslumbraba con sus teorías socialistas y antimilitaristas, aprendidas en libros baratos de propaganda. En público le trataba como superior, pero en la alcaldía le obedecía servilmente.

—¡Qué tal, señor maestro!, exclamó al verle entrar, ¿se ha olvidado usted su fécula! Enamorado de la palabreja, la empleaba siempre para dar broma á su secretario.

—Hay novedades, dijo Maillard marchando con aire misterioso hacia el mostrador.

De común acuerdo el alcalde y el maestro menearon gravemente la cabeza. ¿No era conveniente impresionar á dos carreteros que en el fondo de la sala, el látigo en bandolera, bebían á pequeños sorbos un ajenjo antes de seguir su camino en aquella tarde tranquila de un frío tan agudo?

En cuanto leyó el telegrama el alcalde meneó su cabeza roja.

—No es posible negarse. Los Guibert son buena gente. Me voy á poner la levita para subir al Maupas.

Había hecho la campaña de 1870 en un cuerpo de movilizados que no había llegado á batirse. Del año terrible procedía su temor á la guerra y su admiración del valor. Lisonjeado por haber recibido un telegrama oficial, creía participar del heroísmo de su convecino. Llamó á sus hijas para comunicarles el secreto que ya les había contado la mujer del maestro.

Mientras tanto, Maillard, con su cara de zorro, contemplaba al alcalde riéndose interiormente.

—Bebamos unas copas, dijo éste. No es posible hacer nada bien si antes no se ha bebido. Tengo tiempo. Además siempre se llega temprano cuando se lleva la muerte en un papelito azul. ¿Pero de qué se ríe usted, maestro de los demonios?

—Me pregunto, señor alcalde, si estamos de veras bajo un régimen republicano. El ministro le trata á usted, representante del pueblo, peor que si fuese un perro. ¡Participe á la familia Guibert! ¡Y corriendo! ¿Y en obsequio de quién? En obsequio de unos reaccionarios que le han combatido á usted. No se toman tantas precauciones cuando se trata de un hijo del pueblo.

—Se trata de un comandante, dijo el cafetero, celoso de la jerarquía.

—¿Acaso la sangre de los soldados no vale tanto como la de los oficiales?, replicó el maestro con un tono doctoral. ¡La igualdad que se ve escrita en todos nuestros edificios públicos es una mentira! ¡Todo para los galones!, ¿verdad? ¡Los otros son carne de cañón! No valía la pena de hacer la revolución para que cien años después se restablecieran los privilegios.

La seudociencia engendra estos caracteres agriados, envidiosos y llenos de ambición que soportan mal toda superioridad. Frente al alcalde débil y jactancioso, aquel hombre pequeño y enclenque dejaba en libertad á su odio contra los jefes, aumentado por tener que entrar su hijo en filas.

La cara del alcalde se congestionó. Esta era la señal de que su cerebro trabajaba.

—No, no puedo excusarme. Es una orden.

—Usted no debe recibir órdenes más que del ministro del Interior. Usted no depende de ningún general.

—Pero, ¡vive Dios!, es preciso participárselo á la madre.

—No digo que no. Sólo digo que usted no tiene necesidad de molestarse. Un alcalde no se mueve

—Sí, eso es, vaya usted á hacer reverencias en casa de los nobles, en casa del cura. Y después también nos dirá que estas cosas no tienen nada que ver con la política. Señor alcalde, sus hijas van á misa; tenga cuidado; nos acordaremos de ello.

—Pero yo no pongo los pies en la iglesia. Ya lo sabe el diputado.

—Usted no va á misa en Cognin, pero en cambio la oye usted en Bissy.

Bissy era la parroquia vecina. Mientras Simón se defendía, Randon y Détraz entraban por la puerta.

—¡Eh, muchacha! Dos litros, uno de vino tinto y otro del blanco. ¡Del mejor!

Los dos recién llegados preguntaron al mismo tiempo:

—¿Es verdad que ha muerto?

—¡Si ya lo sabe todo el pueblo!, exclamó Simón alzando los brazos al cielo. Tenemos que darnos prisa; si no, la viuda Guibert lo sabrá antes de que la avisemos.

Randon, viejo y achacoso, debía su elección al gran número de sus propiedades. Era un hombre de bien, pero tímido y cobarde como una liebre. Opinó sin energía que debía ir el alcalde en persona. Détraz, tosco é inculto, declaró desde el primer momento que él no se metía en aquella cuestión.

—¡Dos contra dos! ¡Mano á mano!, gritó el Rojo, que ponía en aquel asunto toda la animosidad de sus antiguos rencores.

Con voz débil Randon hizo observar que el voto del maestro no valía y que el del alcalde era voto de calidad. Pero sus palabras no fueron atendidas. Se sacó á relucir la tibieza de las opiniones democráticas de Simón y de este modo acabaron por hacerle callar.

—¿Y por qué no va usted mismo?, terminó diciendo el Rojo dirigiéndose al viejo Randon.

—¡Oh! ¡No, á mí no me toca!, exclamó aterrado.

Y repetía: «¡A mí no me toca!» como si el mensaje de muerte amenazase su propia vida. Ante todo su tranquilidad.

—Entonces vaya usted, Détraz.

—Ya he dicho que yo no me meto en este asunto.

—Iré yo, dijo el alcalde tomando la ofensiva.

—Sí, vaya usted, dijo Randon.

Los dos se acordaban en aquel momento de que el doctor Guibert había visitado y curado á sus hijos, y se esforzaban en conciliar sus sentimientos y su porvenir municipal.

Furioso de aquella rebeldía cuando ya era segura la victoria, y excitado además por el vino, el Rojo vociferó:

—¿Pero no ha oído usted que era esto demasiado honor? ¿Es usted sordo? ¿Quiere usted hacer el favor de no meter la pata?

—¡Eh!, exclamó Simón con la cara amoratada. El maestro intervino con su voz melosa.

—La lógica exige que la misión sea confiada al guarda rural. Es el encargado de transmitir las órdenes del alcalde; por lo tanto debe llevar el telegrama y explicar que le envía el alcalde en persona.

—¡Con esta solución todo se arregla!, dijo el Rojo. Y así se hizo. Se envió á Faroux el guarda rural, y el maestro le dió las instrucciones entregándole el telegrama. Bebieron uncs cuantos vasos más y se disolvió la reunión.

El viejo Randon, que esperaba su carretón, se quedó un rato en el café con el alcalde. Al cabo de un rato los dos no sabían qué decirse. Pensaban en el efecto que produciría el mensaje, pues en el calor de la discusión se habían olvidado del dolor de aquella pobre familia.

—¡Somos unos cobardes!, acabó por confesar Simón; Randon aprobó con la cabeza.

No, no eran más cobardes que la mayoría de los hombres; su actitud había sido sencillamente la de las personas honradas ante la gente que se impone á gritos.

Siguió un largo silencio, como sucede siempre en las conversaciones entre gente del campo, que marchan por entre las ideas con la misma lentitud con que los bueyes labran un surco. Después, el viejo murmuró:

—¿Si fuésemos juntos al Maupas?

—Ahora mismo pensaba en ello — dijo el alcalde.

(Se continuará)



Al ponerse el sol Paula salió á la escalinata

así, de cualquier manera. Cuando se mueve, es el Estado el que se mueve. Cuando se trata de enemigos de la República se les envía un teniente de alcalde ó un concejal, ¡qué diablo! ¡O somos republicanos ó no lo somos!

—¡Muchacho, trae un litro de vino!, dijo Simón luchando entre su deber de alcalde y sus deberes republicanos que acababan de hacerle ver.

Y para decidirse mandó á llamar á Randon, Pitet y Détraz, los tres concejales más influyentes.

Pitet, apodado el Rojo á causa de las manchas que llenaban su cara, llegó el primero.

—He sabido la desgracia en la fuente, dijo entrando. Yo no tengo nada que ver con esto. ¿Para qué me necesitan?

Hablaba siempre con tono brusco y agresivo. Había sido arrendatario del Maupas y de pronto dejó de serlo. Nunca se pudo poner en claro su salida de aquella casa en donde arraigaban arrendatarios y servidumbre. En realidad se trataba de un robo que el doctor Guibert no quiso denunciar. Mientras vivió el doctor, Pitet se mantuvo tranquilo. Pero cuando estuvo seguro de la impunidad se atrevió á alzar la cabeza y empezó á tomar parte en todas las elecciones; empezó por aprovecharse de ellas, y consiguió después el honor de ser elegido, que apenas le disputaron: todo el pueblo le temía, y sabido es el poder del miedo sobre los campesinos.

En seguida se puso de parte de Maillard. El alcalde no debía molestarse en favor de los aristócratas.

—El alcalde se molesta por un cualquiera, decía Simón, cuya cara ardía como una brasa. Y además la muerte de un hombre no tiene nada que ver con la política.

Pitet, el Rojo, no quería hacer caso de razones.

por el vino, el Rojo vociferó:

—¿Pero no ha oído usted que era esto demasiado honor? ¿Es usted sordo? ¿Quiere usted hacer el favor de no meter la pata?

—¡Eh!, exclamó Simón con la cara amoratada. El maestro intervino con su voz melosa.

—La lógica exige que la misión sea confiada al guarda rural. Es el encargado de transmitir las órdenes del alcalde; por lo tanto debe llevar el telegrama y explicar que le envía el alcalde en persona.

—¡Con esta solución todo se arregla!, dijo el Rojo. Y así se hizo. Se envió á Faroux el guarda rural, y el maestro le dió las instrucciones entregándole el telegrama. Bebieron uncs cuantos vasos más y se disolvió la reunión.

El viejo Randon, que esperaba su carretón, se quedó un rato en el café con el alcalde. Al cabo de un rato los dos no sabían qué decirse. Pensaban en el efecto que produciría el mensaje, pues en el calor de la discusión se habían olvidado del dolor de aquella pobre familia.

—¡Somos unos cobardes!, acabó por confesar Simón; Randon aprobó con la cabeza.

No, no eran más cobardes que la mayoría de los hombres; su actitud había sido sencillamente la de las personas honradas ante la gente que se impone á gritos.

Siguió un largo silencio, como sucede siempre en las conversaciones entre gente del campo, que marchan por entre las ideas con la misma lentitud con que los bueyes labran un surco. Después, el viejo murmuró:

—¿Si fuésemos juntos al Maupas?

—Ahora mismo pensaba en ello — dijo el alcalde.

(Se continuará)

LOS TÚNELES SUBFLUVIALES DE NUEVA YORK

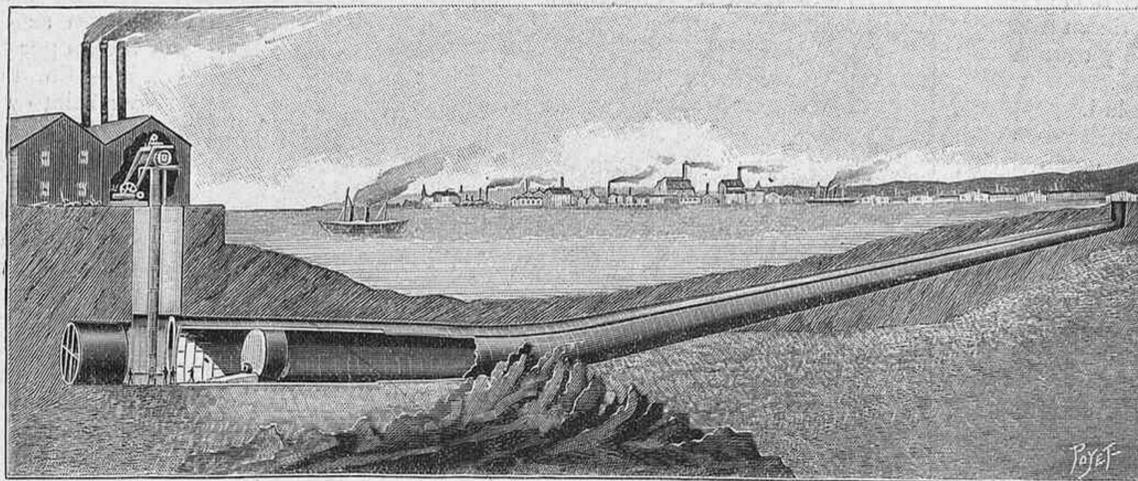
En Nueva York hay verdadero furor por las construcciones de túneles por debajo de capas de agua ó, empleando la palabra exacta á veces, de túneles subfluviales. Si nos fijamos en el plano de la aglomeración neoyorkina, con sus arrabales inmediatos é inmensos, veremos que la enorme población hállase dispersa en tres grupos separados por extensiones de agua importantes: en el centro, Manhattan, la verdadera Nueva York; al Oeste, Nueva Jersey, y al Este, Long Island. Para remediar los inconvenientes de esa situación se han establecido varias líneas de barcas de vapor que cruzan los dos brazos de agua que aislan esos tres grupos, el Hudson y el East River; pero por muy perfeccionados que sean tales servicios no equivalen á comunicaciones directas que permitieran á los viajeros ó habitantes llevar rápida y sencillamente al centro de la ciudad y condujeran las mercancías á precios mucho más económicos.

De aquí la actividad con que actualmente se construyen ó preparan túneles para vías férreas desde una y otra parte del islote central de Manhattan. Hace poco se han terminado dos, que son paralelos y pertenecen á la misma compañía, y son muchos los que se hallan en vías de construcción. Este sistema de túneles será mejor que el de puentes, pero supone obras importantes y difíciles.

El primero de los dos túneles á que antes nos hemos referido fué comenzado en 1874; pero la sociedad encargada de su ejecución fracasó á consecuencia de dificultades financieras y técnicas, quedando abandonada la obra durante muchos años. En 1902 reanudáronse los trabajos, construyéndose al mismo tiempo un segundo pasaje subterráneo á fin de dar á los habitantes de Nueva Jersey la posibilidad de trasladarse directamente por ferrocarril á la aglomeración de Manhattan y de permitir á los viajeros procedentes de diversos Estados llegar al centro de Nueva York sin bajar del vagón. En un principio, habíase pensado en hacer circular por dichos túneles trenes arrastrados por el vapor, pero pronto se vieron los inconvenientes que esto podría producir y se adoptó la tracción eléctrica.

Comenzóse por terminar rápidamente lo que faltaba construir del túnel de 1874 y se construyó el otro en unos tres años. La longitud de cada túnel es de 1.761 metros; el diámetro del últimamente construido es de 4'63 metros y el del otro algo mayor. En cada uno no hay más que una vía férrea; el túnel Norte da paso á los trenes que van de Manhattan á tierra firme y el túnel Sur á los que van de ésta á

aquella isla. A ambos lados de la vía hay aceras para peatones en previsión del caso en que el ferrocarril no funcione.



NUEVA YORK. — Punto de ataque de uno de los túneles que pasan por debajo del Hudson

La construcción de esos túneles ha sido difícil, porque fué preciso atravesar terrenos muy poco homogéneos, casquijo, arenas, limos y rocas, habiéndose recurrido para la perforación al aire comprimido y

Todas las obras se han realizado de una manera notabilísima, y aparte de un pequeño error de dirección vertical, error de unos centímetros, coincidieron perfectamente con el pozo y la cabeza del túnel pre-

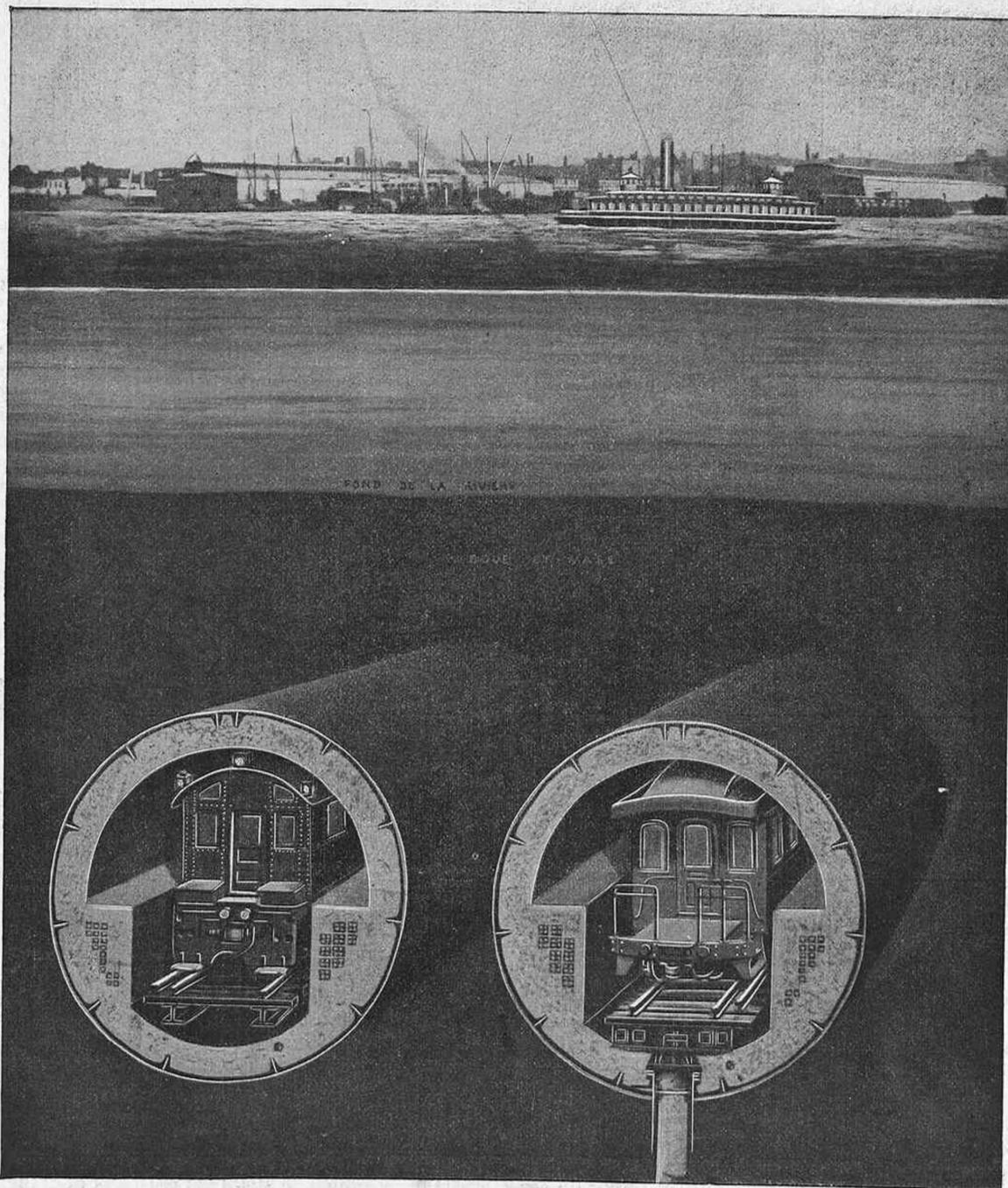
viamente construidos en la parte de Nueva York. Se ha mantenido la presión del aire durante cierto tiempo en la obra, aun después de terminada, hasta que las juntas de los anillos del revestimiento quedaron perfectamente soldadas.

Además de estos dos túneles ya construidos, hay otros dos en vías de ejecución, también debajo del Hudson, gracias á los cuales el «Pennsylvania Railroad,» una de las más poderosas compañías de los Estados Unidos, tendrá en el centro de Nueva York una gran estación central que facilitará en alto grado el movimiento mercantil. Además, las vías de esa compañía pasarán por debajo del East River y unirán directamente Long Island con la red neoyorkina y la continental.

Otro túnel en construcción es el del Rapid Transit que une Brooklyn y sus vías metropolitanas al metropolitano de Nueva York, sin trasbordo alguno, y que será un precioso elemento para la circulación que hoy se efectúa muy difícilmente por las vías eléctricas instaladas en el puente colgante de Brooklyn.

También van á multiplicarse enormemente los metropolitanos subterráneos en la aglomeración neoyorkina, y para que puedan atravesar las dos corrientes de agua que limitan Manhattan, se ha autorizado la construcción de cinco túneles debajo del East River.

Asimismo se ha anunciado muy recientemente la fundación de una compañía especial cuyo objeto es abrir un nuevo túnel debajo del Hudson á fin de facilitar el acceso á Manhattan de las líneas locales que sirven todos los condados de Nueva Jersey y de las vías férreas del Erie. — P. de M.



NUEVA YORK. — Los nuevos túneles subfluviales. En este grabado se ve la corriente del río (parte superior), el lecho del mismo y la masa de limo (parte inferior) en donde están abiertos los túneles

á un *bouclier* hidráulico Beach perfeccionado. Este aparato es de aquellos en los cuales se construye un anillo metálico del túnel al abrigo de su prolongación posterior, para luego hacer avanzar el *bouclier* unos 90 centímetros ó un metro, apoyándose en la parte construída. La parte delantera del aparato lleva un tabique metálico transversal que forma la cámara de

EL CÉLEBRE AYUNADOR SACCO

El día 9 de este mes terminó su notable experimento en Londres el célebre ayunador Sacco, después de haber permanecido cuarenta y seis días sin tomar alimento alguno, con lo cual ha batido el record de los más famosos ayunadores del mundo.

La adjunta fotografía está tomada en el momento en que la señora Janotha, pianista de cámara de S. M. el emperador de Alemania, le presenta la taza de chocolate con que puso fin al largo período de abstinencia voluntaria.

Sacco quería prolongar su ayuno mucho más tiempo, pero hubo de desistir de su empeño ante los mandatos de los médicos.

Durante su ayuno ha perdido algo más de veintitrés kilogramos de peso y se fumó 1.200 cigarrillos.

El niño que se ve en la fotografía es su hijo.

aquella región, á multitud de leyendas, á las que no ha sido ajeno el natural deseo de poetizar y engrandecer las ruinas modernas.

Según Cecilio Rhodes, era indudable el origen fe-

sultado ha sido que la edad de Zimbabyé y de las demás ciudades, lejos de remontarse á los fabulosos tiempos de la reina de Saba, no es anterior á los siglos XIV ó XV. En efecto, se han encontrado allí, en todas las excavaciones y hasta el suelo primitivo, objetos semejantes unos á otros y algunos de ellos de fecha bien conocida, como una loza persa, vidrios árabes del siglo XIV (Zimbabyé), restos de porcelana china del siglo XVI, cuentas de cristal venecianas (Dhlo-Dhlo), y una copa de porcelana china del siglo XVI (Khami). Al lado de esos objetos importados de fecha conocida, se han encontrado otros indígenas, entre ellos groseras estatuas de mujeres y de animales que antes se habían considerado como fenicias, cacharros con adornos geométricos, hachas y cuchillos de sílice, que estaban junto á espadas de hierro y á cacharros idénticos á los que fabrican los cafres.

De ello se deduce que Zimbabyé debió ser la capital negra del Monomotapa, la principal ciudad de un país importante que comerciaba con los árabes del litoral y les vendía su oro, país que debía estar arruinado cuando la invasión portuguesa de 1550,

lo cual contribuyó á acreditar la leyenda fenicia, puesto que los más antiguos documentos históricos hablan ya de esas ruinas como de cosa antigua.—X.



LONDRES. — EL CÉLEBRE AYUNADOR SACCO EN EL MOMENTO DE TERMINAR SU AYUNO DE CUARENTA Y SEIS DÍAS (De fotografía de Halfones Limited.)

LA RHODESIA

DE LA EDAD MEDIA

Las ruinas, al presente famosas, que hay en varios puntos de Rhodesia, en Inyanga, Umtali, Zimbabyé, Nanatali, Dhlo-Dhlo, etc., han dado lugar, desde que los buscadores de oro se precipitaron en

nicio de esos monumentos; esto no obstante, en vez de razonar sobre bases imaginarias, algunos sabios resolvieron practicar excavaciones metódicas, y el re-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA EL
CRYSTOL
Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *floras blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.
PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.



SOFÍA (BULGARIA). — Teatro Nacional búlgaro recientemente inaugurado, obra de los arquitectos vieneses, especialistas en construcciones teatrales, Sres. Hellmer y Fellner. Ha costado dos millones de francos y hállase situado cerca del palacio del príncipe. (De fotografía de Carlos Trampus.)

PAPÉL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.**
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

7^{ma} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS 16

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN